

REVISTA EUROPEA.



Núm. 64

26 DE NOVIEMBRE DE 1876.

AÑO III.

UN PARALELO PSICOLÓGICO.

Todo el que tenga que combatir las verdades de la teología popular, encontrará seguramente en su tarea partes desagradables y penosas. Otras en cambio ofrecen atractivo, pero ningunas tanto como aquellas en que el trabajo es positivo y de union y no se reduzca á negar y á dividir, en que se edifique sobre lo que subsiste del Cristianismo, no sobre lo que perece, y, en fin, aquellos trabajos que nos ofrecen puntos de contacto con la religion de la comunidad en vez de motivos de ruptura y separacion. La religion popular se apresura demasiado á emplear argumentos que pueden llamarse desesperados. «Tomadme íntegra, grita, ó abandonad por completo el Cristianismo. Interpretad la Biblia como yo, ó renunciad á mi culto y á mis solemnidades; renunciad á toda comunión conmigo, puesto que soy impostora y falsa. Dejad pronto como dementes é ilusos aquellos doctores y lumbreras de la Iglesia que por tanto tiempo os han servido, y os han sido queridos. Desechad aquellas creencias y enseñanzas que en otro tiempo tuvisteis por sagradas. Los que piensan como vosotros, si tienen valor y firmeza, no deben confiar ya en tan ciegos guías, sino marchar por sí mismos ó con el auxilio de nuevas luces.»

Supongo que acontece á los más de los que tratan un asunto interesante, y me acontece á mí, el recibir de aquellos á quienes el asunto interesa y que han seguido con simpatía su desarrollo señales manifiestas de que reconocen la dificultad de ciertos puntos que necesitan explicacion. Pero la discusion de un asunto religioso no puede indudablemente prolongarse más allá de ciertos límites. Acerca de la inmensa diferencia que para mí existe entre la concepcion popular del Cristianismo y su verdadero concepto, he dicho ya lo que deseaba decir. Deseaba manifestarlo, en parte para ayudar á aquellos á quienes el concepto popular embaraza, en parte tambien, porque teniendo con frecuencia ocasion de afirmar la verdad y la importancia del Cristianismo, estaba obligado á declarar qué suerte de Cristianismo era el que admitía. Pero habiendo dicho ya, aunque de un modo imperfecto, lo que queria, deo, y por ello me alegro mucho, una discusion donde la esperanza de hacer, bien siempre va mezclada con

el temor de causar daño. Al dejarla, terminaré únicamente con lo que espero no cause ningun perjuicio, y es el esforzarme en disipar algunas dificultades levantadas por los *argumentos de desesperacion*, como he llamado á los de la religion popular.

He hablado extensamente en otra parte de los escritos de San Pablo, haciendo observar que nos sirven de mucho para la inteligencia de la palabra *resurreccion*, la gran palabra del Cristianismo, y que merecen bajo este punto de vista nuestra especial atencion y estudio. La *resurreccion espiritual* es la que él expone de un modo notable. Pero indudablemente creyó en el milagro de la *resurreccion fisica* de Jesus y despues en la del género humano. No compartirán en verdad esta creencia aquellos que no admiten el milagro. Y uno que no acepte el milagro, pero que continúe juzgando á San Pablo digno del mayor respeto, y sus enseñanzas provistas de instruccion, no puede ménos de traerme á la memoria el pasaje de un elocuente y popular escritor, donde se dice: «San Pablo—que ciertamente no sería un imbécil y crédulo entusiasta—testifica la realidad de la *resurreccion fisica*, de las apariciones sucesivas de Jesus y de su propia vision.» Ahora bien, pregunta el autor: ¿si San Pablo se equivocó al afirmar esto, lo cual no tienen más remedio que suponer aquellos que no admiten el milagro, debía ser necesariamente un *imbécil y crédulo entusiasta*, y sus palabras no tendrán para nosotros más valor que las de la plebe ignorante? Y otra vez el que pregunta encuentra al mismo autor afirmando que «suponer á San Pablo y á los *Evangelistas equivocados* acerca de los milagros que alegan, es indicar que la fe del Cristianismo se fundó en la más sencilla y reprehensible credulidad, y esto tratándose de hombres que han enseñado como principal deber de su religion el espíritu de verdad.» Y despues investiga si San Pablo y los *Evangelistas*, admitiendo el milagro, fundaron realmente la fe del Cristianismo sobre la más sencilla y reprehensible credulidad, é hicieron traicion al espíritu de verdad que ellos predicaban como el principal deber de su religion.

Vamos á contestar presentando un caso semejante. El argumento es, que San Pablo, al creer y asegurar la realidad de la *resurreccion fisica* y de las apariciones sucesivas de Jesus, se presenta, suponiendo que estos hechos no han acontecido, como

un imbécil y crédulo entusiasta y un guía completamente inútil. En cuanto á su vision, no necesitamos tomarla en cuenta, porque hasta aquellos que no aceptan el milagro convienen en que tuvo una vision, si bien la explican de un modo natural. La cuestion se reduce, pues, á si la creencia en estas cosas por un hombre de verdad, de buen juicio é inteligencia, demuestra que acontecieron realmente; ó si el creerlas no habiendo acontecido demuestra que no era un hombre de verdad, de buen juicio é inteligencia.

Indudablemente San Pablo se equivocó acerca de la proximidad del fin del mundo. Pero esta era una materia de expectacion y no de experiencia. Si se hubiese equivocado realmente sobre un hecho grave acontecido, tal como la resurreccion corporal de Jesús, no hay más remedio que considerarle como fanático ó imbécil.

He mencionado ya en esta Revista la creencia de Sir Matthew Hale en la realidad de la brujería. Las manifestaciones contemporáneas de esta creencia en nuestro propio país y entre nuestros compatriotas, en un siglo de fuerza intelectual y de progreso y cuando la prensa fija y encauza la opinion del público, son del mayor interes. Arrojan una luz inapreciable para nosotros sobre la historia del espíritu humano. Considero que no es una ilusion del amor nacional vanagloriarnos de que aun en estas repugnantes manifestaciones se echa de ver el buen natural inglés, porque no han ofrecido los rasgos de infernal crueldad que las caracteriza en otras partes, particularmente en las naciones latinas. Revelaban ya la aparicion del buen sentido y recto criterio que ha conseguido desvanecer la vieja preocupacion de los brujos. En el comienzo del siglo XVIII, Addison, aunque no rechazaba completamente la creencia en los espíritus y apariciones, se ríe de la creencia de sir Roger de Coverley en los brujos como una preocupacion propia de la ignorancia é indigna de los hombres ilustrados. No obstante, en 1716, fueron ahorcadas por brujas dos mujeres en Huntingdon. Pero estas fueron las últimas víctimas, y en 1736 se abolieron los estatutos penales contra la brujería. A fines del siglo XVIII se había llegado á no creer no sólo en los brujos sino tambien en las apariciones. La incredulidad vino á ser la regla, y la credulidad la excepcion.

Mas durante la mayor parte del siglo XVII, las cosas seguían otro camino. La creencia en la brujería era la regla, y la incredulidad la excepcion. Su fuerza avasallaba todas las clases sociales, y presentaba un carácter tan natural, que no puede ménos de chocar grandemente con los adelantos de este siglo. Sin embargo, en lo que hoy se denomina espiritismo tambien hay mucho de ficticio y artificial. Fácil es

no prestar atencion á los espiritistas y á sus manifestaciones, y un hombre serio y sensato no puede concederles ninguna. Instintivamente se aplica aquella cita de Goethe: que todos tenemos un sistema nervioso sobre el cual fácilmente se puede obrar; que los más de nosotros podemos ser excitados muy sencillamente, y que es una locura jugar tontamente con nuestro sistema nervioso para producir en nosotros la fiebre de la supersticion. El que quiera buscar á nuestros modernos brujos, los encontrará seguramente, y puede trabar conocimiento con los nuevos huéspedes espirituales que han reemplazado á los antiguos duendes del siglo XVII. Pero tambien podemos pasar la vida sin pensar en ellos y en sus evocadores. En el siglo XVII, la creencia de los brujos atormentaba á los hombres y creaba en torno suyo una atmósfera de la que no podían apartarse. El hombre que despreciaba esta creencia era llamado sadúceo, ateo ó infiel. Los relatos de los brujos convictos concluían con la frase de «anatema para los que no crean en ellos.» Esto sería despreciar el poder de Dios en sus criaturas y la habilidad del diablo como ministro de la venganza de Dios. Los ministros de la religion tomaban una parte principal en los procedimientos contra los brujos: los ministros puritanos estaban muy ocupados con ellos. La Sagrada Escritura había dicho: *No permitirás que viva ningun brujo.* Y ¡cosa extraña! las pobres criaturas que eran atormentadas y ejecutadas por brujas, creían por lo comun firmemente en su propia magia. Confesaban su pacto con el diablo y especificaban los duendes ó familiares que tenían á su disposicion. Todo esto, repito, creaba alrededor del pensamiento una atmósfera á la cual era muy difícil escapar. Repetidas veces hemos oido de «discretos magistrados» y «personas de gran conocimiento» que se dieron por satisfechos de las pruebas de brujería que se les ofrecieron. Claro está que aceptar como firme y convincente una cosa donde aparece un brujo, lo cual no aceptaría hoy ningun hombre razonable, era en el siglo XVII, perfectamente compatible con la sinceridad, con el vigor de inteligencia y con un recto criterio sobre las demas materias.

Ciertamente que estas tres cualidades, sinceridad, firme inteligencia, criterio seguro, las poseía en alto grado el famoso magistrado primero de Carlos II, sir Matthew Hale. Burnet nos da cuenta de la mezcla notable que en él existía de dulzura y gravedad, por lo que á estas tres cualidades podemos añadir la suavidad de carácter. Ante este magistrado supremo tuvo lugar un famoso procedimiento de brujería (1). Dos viudas de Lowestoft en Suffolk, llama-

(1) Reimpreso en una coleccion de documentos raros y curiosos relativos á la brujería. Londres, 1838.

das Rosa Cullender y Ana Duny, fueron ejecutadas ante él por brujas en el entierro de San Edmundo en 1664. La relacion fué escrita en el tribunal durante el proceso, pero no se publicó hasta diez y ocho años despues, en 1682. Cada década en estos tiempos determina un progreso en la desaparicion de la creencia en los brujos. La persona que publicó la relacion, no obstante, era un creyente, y por eso consideró, segun nos dice, que «una relacion tan exacta de este proceso satisfaria á muchas personas por la razon de que se trata simplemente de hechos evidentes y demostrados; especialmente, habiendo tenido lugar ante un juez que por su integridad é ilustracion dificilmente habrá tenido semejante ni antes ni despues; el cual, no sólo ha trabajado con ahínco y ha empleado mucho tiempo en el exámen de este proceso, sino que fué asesorado en él por otras varias eminentes personas. Una de estas personas fué sir Thomás Browne de Norwich, el autor de la «Religio medica» y del libro sobre los *Errores vulgares*.»

La relacion del proceso de Rosa Cullender y Ana Duny es muy instructiva, porque nos muestra claramente cómo el vivir en cierta atmósfera de creencias modifica el espíritu de los hombres. Para nosotros, que no creemos en brujos, la prueba con que Rosa Cullender y Ana Duny fueron convictas, lleva consigo su natural explicacion. Fueron acusadas de haber embrujado varios niños, produciéndoles convulsiones y haciéndoles vomitar alfileres y clavos. Varios de los testigos eran gente del pueblo, pobre é ignorante. La prueba más poderosa en este caso fué la de Samuel Pacy, un comerciante de Lowestoft, dos de cuyas hijas, Isabel y Débora, de edad de once y nueve años, se dijo que habian sido hechizadas. La más jóven no pudo venir al Tribunal, porque estaba demasiado enferma; pero sí fué llevada la primera. Su padre, Samuel Pacy, está presentado «como un hombre que se condujo con mucha moderacion durante el proceso, y de cuyos labios no salieron palabras de pasion ó de odio, á pesar de ver á sus hijas en un estado tan afflictivo.» Declaró que su hija más jóven, que se hallaba baldada, «manifestó deseos en un hermoso dia de Octubre de ser conducida á la parte oriental de la casa y de sentarse junto al mar.» Mientras estaba sentada, Ana Duny—que lo mismo que su compañera de prision estaba reputada como bruja entre sus vecinos—vino á la casa á pedir unos arenques. Se la negaron, y se fué murmurando. En el mismo instante la niña sufrió un violento ataque que el médico no pudo explicar. Diez dias despues, su padre, segun su propia declaracion, «teniendo presente las circunstancias anteriores, que Ana Duny era una mujer de mala fama y tenida comunmente por bruja, que la niña en sus ataques gritaba que Ana Duny era la causa de su

enfermedad, y que la aterraba con apariciones de su persona, sospechó que Ana Duny era una bruja, la acusó de la enfermedad de su hija, é hizo que se la metiera en prision.» Mientras estuvo presa, dos mujeres la preguntaron la causa de la enfermedad de la hija de Mr. Pacy. Ella contestó: «Mr. Pacy se agita mucho por su hija, pero no conseguirá nada hasta que haya hecho con sus hijos lo que yo he hecho con los míos.» Habiéndosela preguntado lo que habia hecho con los suyos, replicó: «Que se habia visto precisada á abrir la boca de su hijo con un tubo para introducirle el alimento.» Dos dias despues, la hija primera de Pacy, Isabel, fué acometida de los mismos ataques que su hermana, tan violentos, que fué necesario abrir su boca con la ayuda de un tubo metálico para que no muriese de inanicion. Las niñas en sus ataques gritaban: «Ahí está Ana Duny,» ó «Rosa Cullender» (otra mujer tenida por bruja en Lowestoft); y cuando los ataques concluían, relataban que habian visto á Ana Duny y á Rosa Cullender presentándolas los puños y amenazándolas. Contaban tambien que algunas abejas y mariposas llevaban en sus bocas los alfileres y los clavos que vomitaban en sus ataques. Durante la enfermedad, su padre les hizo leer alguna vez en voz alta pasajes del Nuevo Testamento, y «observó que leían hasta que llegaban á los nombres de *Señor*, ó *Jesus* ó *Cristo*, en los cuales repentinamente se detenían, cayendo en un ataque. Pero cuando llegaban al nombre de *Satan* ó *Diablo*, clavaban sus dedos en el libro, gritando: «Este muere, pero me hace hablar bien.» Y cuando su padre les preguntaba por qué no podían pronunciar los nombres de *Jesus* ó *Cristo*, contestaban: «Ana Duny me prohibió usar esos nombres.»

Es casi una impertinencia en nuestros tiempos suponer que alguno pueda preguntar cómo se explica todo esto sin recurrir á la brujería y á la magia. Estas pobres y raquíticas niñas, enfermizas y nerviosas, tenían la imaginacion preocupada con las dos afamadas y temidas brujas de su pueblo, de cuyas hazañas habian oido uno y otro cuento á los que decían haberlas visto con sus propios ojos; cuya presencia habia sobrecojido á una de ellas durante su enfermedad, y en torno de las que se habian agrupado todas las ideas de poder diabólico que les habian infiltrado. Las palabras de la acusada bruja en la prision son naturales, y la completa realizacion que alcanzaron en el curso de la enfermedad de Isabel Pacy tampoco puede ser más natural. No obstante, sir Thomas Browne (que aparece en la relacion del proceso, como el doctor Brown de Norwich, persona de grandes conocimientos), habiendo sido invitado á dar su opinion sobre el caso de Isabel Pacy y de otras dos niñas que se suponían embrujadas por las acusadas, «fué

claramente de opinion que efectivamente estaban embrujadas, y dijo que en Dinamarca se había hecho un gran descubrimiento de brujas que empleaban el mismo procedimiento para dañar á las personas, introduciéndoles alfileres, agujas y clavos. Y su opinion era que el diablo obraba en los cuerpos de los hombres y de las mujeres sobre un fundamento natural... porque él opinaba que estos desmayos y ataques eran naturales, pero acrecidos grandemente por la sutileza del Diablo, ayudado por la limacia de aquellas que calificaba de brujas, y á cuya instancia ejecutaba todas estas maldades.»

Esta fué toda la luz que sobre el asunto esparció el autor de los *Errores vulgares*. La razon, sin embargo, no dejó de tener algunos defensores.

«Asistieron varias personas conocidas á recibir las pruebas, tales como Mr. Serjeant Keeling, Mr. Sergeant Earl y Mr. Serjeant Bernard. Mr. Serjeant Keeling se mostró muy poco satisfecho de ellas, y entendió que las acusadas no estaban convictas. Porque, aún suponiendo que las niñas estuviesen embrujadas, no era seguro que lo estuviesen por las acusadas y no por otra persona.

»Con el objeto de que apareciese más claro el delito de las reos, se hizo que tocaran á las niñas embrujadas. Las niñas se conmovieron visiblemente á este contacto. Vendáronse los ojos á las niñas, y en esta forma fueron otra vez tocadas por Rosa Cullender, y otra vez se conmovieron. Se objetó, no que las imaginaciones de las niñas estaban preocupadas con Rosa Cullender y Ana Duny y con sus infernales acciones, sino que quizá las niñas podían fingir su enfermedad y sobresaltarse al contacto de las brujas, sin que realmente tuvieran poder sobre ellas.

»Para desvanecer estos escrúpulos, el juez propuso que lord Cornwallis, sir Edward Bacon, mister Serjeant Keeling y algunos otros caballeros que estaban en el tribunal, presenciaran uno de los ataques de las niñas desde el fondo de la sala, y despues que se enviase por una de las brujas para ver lo que acontecía. Así se hizo, en efecto, y Ana Duny fué introducida en el salon y llevada hácia la niña; taparon los ojos á ésta, y se hizo que otra persona la tocara en la mano, lo cual produjo el mismo efecto que había producido anteriormente el contacto de la bruja. En vista de esto, los caballeros allí presentes abiertamente protestaron que ellos creían que todo aquel negocio no era más que una impostura.»

Esto, segun se nos dijo, «puso al tribunal y á todas las personas en gran embarazo. Pero al fin Mr. Pacy declaró que sería posible que la niña se engañase por la sospecha de que la bruja la tocaba.» Y nada más natural; ¿pero qué prueba esto?

Que los terrores de la niña eran sinceros; no que la llamada bruja hubiese hecho nada contra ella. No obstante, se aceptó la solucion de la dificultad que Mr. Pacy había dado. Si las niñas no habían fingido maliciosamente ó por tendencia á la mentira, entónces «es evidente que estaban embrujadas, y que cuando sospechaban que las personas que las habían causado el daño se hallaban cerca ó las tocaban, sus espíritus, excitados por la cólera y el odio, conmovían violentamente sus cuerpos.»

Esta fué la prueba. Las acusadas no confesaron su delito. Cuando les preguntaron lo que tenían que alegar, contestaron: «que nada sustancial podían oponer á lo que había sido probado.» El Jurado entónces convino en que tenía que averiguar dos cosas.

«Primera, si estaban ó no hechizadas estas niñas; segunda, si las acusadas eran reos de este delito. No les cabía duda que existían sobre la tierra brujos. En primer lugar, porque las Sagradas Escrituras así lo decían; y despues, porque los legisladores de todas las naciones habían señalado penas contra tales personas, lo cual prueba que creían en la existencia de tal crimen. Y este había sido el juicio del reino, como aparece del acta del Parlamento en que se consignan penas proporcionadas á la magnitud de la ofensa. El Jurado deseaba y pedía al Dios de los cielos iluminase su inteligencia en este importante negocio. Pues condenar al inocente y dejar impune el crimen, eran cosas ambas abominables á los ojos del Señor.»

El Jurado se retiró á deliberar. Al cabo de media hora pronunció el veredicto declarando delincuentes á las dos acusadas. A la mañana siguiente, las niñas, que habían sido traídas al tribunal, fueron llevadas á la casa de Mr. Halen, en bastante buen estado.

«Y Mr. Pacy afirmó que media hora despues de hallarse convictas las brujas, quedaron completamente restablecidas, y durmieron bien aquella noche; únicamente Susana Chandler sintió como picaduras de alfiler en el estómago.»

Esto pareció desvanecer toda sombra de duda.

«En conclusion, el juez y todo el tribunal quedaron satisfechos del veredicto, y sentenciaron á las brujas á ser ahorcadas. Las excitaron mucho para que confesaran, pero no lo consiguieron. Aquella mañana volvieron á Cambridge, pero no se concedió suspension ninguna y fueron ejecutadas en lunes, el 17 de Marzo de 1664, sin que hubiesen confesado nada.»

Ahora bien; la consecuencia que se saca de este proceso no es de modo alguno que Hale fuese un «imbécil ó crédulo entusiasta.» La historia de su vida y de sus hechos rechaza esta afirmacion. Mas la creencia en la brujería estaba en la atmósfera

misma que Hale respiraba, como la creencia en el milagro se encontraba en la atmósfera en que San Pablo vivía. Lo que el proceso nos demuestra es que un hombre de veracidad, criterio é inteligencia puede tener su razón completamente sometida sobre algunos asuntos á ciertas preocupaciones. Pero no quiero extenderme más sobre la prueba que Hale nos proporciona de esta verdad. Otro ejemplo, que puede mejor aplicarse á San Pablo, nos ofrece otro varon del siglo XVII.

Es poco conocido, y celebro la oportunidad de nombrarlo. *John Smith*. Murió á la edad de treinta y cuatro años, no habiéndose elevado á más alto puesto en el mundo que á colegial pensionado. «Él procedió lenta y ordenamente,» dice Simon Patrick, despues obispo de Ely, que pronunció su oracion fúnebre, «no para lo que pudo conseguir, sino para lo que estaba en disposicion de emprender.» John Smith, nacido en 1618 cerca de Vundle en Northamptonshire, fué admitido como alumno del colegio de Jesus en Cambridge en 1636. Llegó á ser tutor y predicador en su colegio; allí murió «despues de una triste enfermedad» el 7 de Agosto de 1652, y fué sepultado en la capilla del colegio. Pertenecía á aquella sociedad de Platónicos de Cambridge que Burnet ha pintado «como hombres que estudiaban para propagar mejores ideas, para unir á los hombres, arrancándoles de las estrechas preocupaciones y de los conceptos supersticiosos que los dividían.» El presidente Tulloch ha llevado á cabo una obra meritoria, tratando de llamar nuestra atencion hácia este noble y abandonado grupo de hombres. Mas en su reciente trabajo sobre ellos, creo que ha concedido demasiado espacio á su filosofía Platónica y á sus especulaciones sobre el espíritu. No es por estas por las que merecen que su nombre se perpetúe, sino por su extraordinariamente sencillo, profundo y justo concepto de la religion. Colocados entre la religion sacerdotal del clero landiano y la religion ideal de los Puritanos, vieron bien la esterilidad y el destino cierto de ambas, en tanto que el Cristianismo no fuese, como ellos creían, nada más un modo de obrar, una regla segura de conducta.

Su recompensa inmediata fué un aislamiento religioso de dos siglos. El mundo religioso no estaba suficiente desenvuelto para comprender otra cosa que el concepto cristiano de la Santa Iglesia ó el de los Puritanos. El grupo de Cambridge cesó de adquirir prosélitos al comenzar este siglo. Algunos individuos conocieron su doctrina y la utilizaron, como el obispo Wilson, de Sodor. Pero no consiguieron formar una gran escuela. Y esto aconteció en parte por la razon que hemos dado, y en parte tambien porque lo que pasaba por su gran obra era la resurreccion de una filosofía espiritualista y pla-

tónica, á la que, como ya hemos dicho, concedía el presidente Tulloch tanta importancia. No obstante, no pueden sobrevivir por este solo intento de resucitar una escuela. El *Sistema Intelectual*, de Cudworth ha desaparecido lo mismo que la teología y los escritos de Owen. Mas en la historia de los Platónicos de Cambridge, obras de tanta importancia como el *Sistema intelectual del Universo*, de Cudworth, necesariamente deben ocupar un gran lugar. Por esto, no tanto necesitamos una historia de ellas como la reimpresion de aquellas de sus opiniones que nos manifiesten su verdadero espíritu y su poder. Los fragmentos de Hales, de Eton, los sermones y aforismos de Whichcote, el discurso pronunciado por Cudworth ante la Cámara de los Comunes, las sentencias y las máximas de Enrique More, y los *Discursos selectos*, de John Smith—estos son nuestros documentos! En ellos descansa el valor que para nosotros tienen los Platónicos de Cambridge. Hubiera hecho muy bien el presidente Tulloch en extractarlos y ofrecérmolos; pero algun dia, y por algun otro, se llevará á cabo esta tarea.

Porque los Platónicos de Cambridge nos ofrecen aquí formulado con bastante precision un concepto de la verdadera religion largo tiempo oscurecida, y para la cual ha sonado ya la hora del triunfo. Sus producciones no ocuparán un rango muy elevado como obras de literatura y de estilo. No es á la historia de la literatura á la que Whichcote y Smith pertenecen, sino á la historia de la religion. Sus contemporáneos fueron Bossuet, Pascal, Taylor, Barrow. Estos son ciertamente escritores religiosos, pero es en la historia de la literatura donde ocupan lugar más preferente. Lo que tiene más valor en la historia de la religion es presentar lo que en los momentos críticos necesita la vida religiosa de la humanidad. Y se verá que los Platónicos de Cambridge, aunque no forman época como filósofos ó literatos, han ofrecido con su concepto de la religion alimento muy apropiado para las necesidades religiosas de nuestro tiempo, el cual buscaremos en vano en el espíritu y en la poesía de Taylor, en el vigoroso sentido de Barrow, en los magníficos sermones de Bossuet ó en los apasionados y retóricos conceptos de Pascal.

MATTHEW ARNOLD.

(Trad. de la *Contemporary Review* por A. P. V.)

(Continuará.)

EL ALCALDE DE OTÍVAR.

I.

Con las muestras de adhesión prodigadas en 1810 á José Bonaparte al visitar las ciudades más importantes de Andalucía, alternaron en las montañas, por fortuna y para honra de aquel privilegiado solar, las voces de guerra y de venganza que arrancaban de Cádiz, sustentáculo de la independencia española, escapado como por milagro al dominio y rapacidad de los invasores.

Allí, como en otras partes, no en todas, lo que daba en llamarse jactanciosamente la parte sensata y culta del país, cedía, por convencimiento ó por temor, á la fuerza, en su concepto incontrastable ya, del emperador Napoleón; y allí, como en el resto de la Península, los ignorantes y los rústicos y pobres, sin miramientos de ninguna clase ni cálculo alguno, por una especie de intuición, no rara en las muchedumbres, presentían en su patriotismo y en su culto al modo de ser de nuestros antepasados el golpe de gracia preparado por el cielo á las ambiciones y á las grandezas del Coloso.

Y cuando en Sevilla se devolvían al Intruso los gloriosos trofeos arrebatados á los primeros soldados del mundo en Bailén, única jornada hasta entonces que revelara á los pueblos y á los reyes de la vieja Europa la posibilidad de una reacción victoriosa; y cuando en Málaga, en Granada y varias otras poblaciones ricas y florecientes se le recibía como en triunfo, ó se le obsequiaba con fiestas y saraos, en la Serranía de Ronda se alzaban por el DESEADO los guerrilleros á cientos, ofreciéndose en holocausto á sus deberes de autoridad y de español el alcalde de Montellano, y en las Alpujarras emulaba con los más afamados en valor, en agilidad y en instinto esencialmente militares el Alcalde de la aldea de Otívar, D. Juan Fernandez y Cañas.

Los andaluces, en su lenguaje hiperbólico, y los extranjeros, arrastrados por la novedad, lo han rodeado de una aureola de gloria merecida y digna de sus cualidades y hazañas: fuera de aquella comarca, lejos de aquellos tiempos de entusiasmo patriótico y con el desprecio á las lecturas históricas, el Alcalde de Otívar ha caído en el olvido más injusto y lamentable. No se encuentra ni rastro de su existencia en los archivos oficiales; apenas si su nombre suena en el oído de los más curiosos, y sólo en algún libro dedicado á la descripción de los pintorescos sitios regados con las últimas lágrimas de Boabdil, aparece la figura singular, tan poética como tremebunda, del que las gentes del país apodaron con el sobrenombre de *Caridad* por la mucha sin duda que usaba para con sus compatriotas, ó por la

ninguna, quizás, que ejercía en sus aborrecidos enemigos los franceses.

D. Pedro Antonio Alarcon, en su bellissimo libro de *La Alpujarra*, dice á propósito del Alcalde de Otívar:

«Nuestra Academia de la Historia prestaría un servicio más á la patria buscando, adquiriendo y dando á luz el libro manuscrito en que se refieren los hechos heroicos realizados por aquel insigne patricio durante la guerra de la Independencia.»

«Respecto de este libro, dice el malogrado Lafuente Alcántara en el catálogo de las obras y documentos que le sirvieron de norte para escribir su *Historia de Granada*:»

«HAZAÑAS GLORIOSAS DEL ALCALDE DE OTÍVAR DON JUAN FERNANDEZ.—Este guerrillero, en la época de la invasión francesa, se valió de algun amigo para redactar una Memoria ó relacion de sus hechos de armas, en un tomo en folio, que conserva su familia y nos ha sido remitido para su exámen por un Cura conocido. Sus correrías, batallas y aventuras están referidas con una puntualidad notable, y lo que es más, justificadas con testimonios de los Ayuntamientos, con declaraciones de habitantes fidedignos, y hasta con cartas autógrafas de algunos españoles puestos al servicio de los franceses, y empeñados en vencer con halagos al indócil y valiente partidario.»

«No creo, pues, continúa el Sr. Alarcon, que sea difícil encontrar el manuscrito.»

Pues bien; una expedición de nuestro amigo, el general D. Joaquín Zayas de la Vega, á posesiones suyas enclavadas en el territorio de las Alpujarras, nos ha proporcionado la ocasión de ver y copiar ese libro que encierra el diario de operaciones del afamado Alcalde, escrito tan interesante por su contenido como por los documentos, todos originales, que lo abonan y justifican. Hallábase en poder de don Eduardo Ligeró y Fernandez, nieto del *Caridad*, y sargento 2.º licenciado del provincial de Guadix, residente en Lentejis, su pueblo natal, desde principios del presente año, al terminar la guerra civil en cuyas principales acciones ha tomado una parte tan honrosa como activa.

Apénas supo que el general buscaba antecedentes del célebre guerrillero, su abuelo, se apresuró á presentarle el manuscrito; comprendiendo por el estímulo, sin duda, que le había guiado en su excelente conducta militar, el aumento de gloria que podría caber á su familia de conocerse en todos sus detalles el brillante comportamiento del que tanto la afamaba con ser, si no su raíz, su jefe.

Poseemos, segun ya hemos dicho, una copia, quizás la única, de tan interesante códice; y de ella vamos á valernos para recordar á la generación presente los hechos heroicos de uno de los que más

honor hacen á la de nuestros padres en la guerra de la Independencia.

Espíritu religioso, altamente concentrado, y amor entrañable al monarca desposeído traidora y cobardemente; audacia y actividad extraordinarias, condición belicosa cual la ingénita en nuestra raza, é instinto á veces militar aún en la reducida esfera de su acción; crueldad casi salvaje con los traidores y con los enemigos armados; mansedumbre y hasta galantería con los inermes y con las personas inofensivas aún estando al servicio ó siendo de la intimidad de los generales franceses; todas las cualidades, en fin, buenas y malas que han distinguido á nuestros guerrilleros desde los tiempos históricos, vamos á observar en el Alcalde de Otívar, reveladas ingenuamente en su notable escrito y confirmadas por el testimonio de los pueblos de que hizo el teatro de sus proezas.

Con el recuerdo y la enumeración de tantos y tan meritorios servicios como los prestados por el Alcalde de Otívar, no crean, sin embargo, nuestros lectores que pretendemos ofrecerles un espectáculo no visto. En la tierra que ha producido en su mismo tiempo á los Minas, Mansos y Villacampas; á los Empecinados, Sanchez y Paiareas; á los Merinos y Longas: en la tierra en que se han dado los ejemplos de Zaragoza y Gerona, y donde las mujeres han compartido con los hombres los peligros del combate, del hambre y la epidemia, no es fácil producir una admiración cansada con la de los prodigios de valor y de abnegación patriótica á que sin cesar excita la lectura de la Historia nacional. Nuestro objeto se extiende tan sólo á renovar la memoria de uno de los muchos adalides de la Independencia española, oscurecida hoy no poco por las sombras del tiempo y la falta de los documentos que las indicaciones del Sr. Alarcon y la diligencia del general Zayas han puesto á nuestro alcance.

II.

El manuscrito comienza por la exposición de las causas que produjeron en el Alcalde de Otívar el abandono del pueblo y de la jurisdicción, por consiguiente, que en él ejercía.

Los franceses habían salvado la, en su concepto, formidable barrera de Sierra-Morena con una facilidad que nunca presumieran. Una vez en la vertiente meridional, habíanse dividido para invadir y ocupar las Andalucías; siguiendo el Intruso con su mayor-general, Soult, el camino de Sevilla, y tomando el general Sebastiani el de Granada y Málaga.

Esto era en los últimos días de Enero de 1810, y á principios de Mayo podía Sebastiani vanagloriarse de la dominación tranquila de ambas provincias, y dirigir sus cuidados á la administración del país para sacar de él todo el fruto que le hacían codiciar el

servicio de su soberano y su misma y proverbial rapacidad.

Destinó, para ello, una parte de su ejército al secuestro de las armas y al cobro de las contribuciones en las comarcas que, por lo montuosas ó lo apartadas de las grandes comunicaciones, se hubieran visto hasta entonces libres de la presencia de los soldados imperiales. Y así llegó un grueso destacamento á la ciudad de Almuñécar, donde con las *justicias* de Jete, Hertes, Itrabo, Molvizar y Salobreña, fué nuestro Alcalde conducido á la iglesia para, como á los demas, recomendarle *la obediencia á cuanto se le mandara*.

«Aquí, dice el Alcalde de Otívar, principiaron á hervir en mi pecho los más amargos sentimientos y á conocer los efectos del verdadero patriotismo: el siguiente día recibí una orden en que se me mandaba recoger todas las armas del pueblo y un mil reales de contribución, que uno y otro había de presentar el inmediato día 27; y aunque lo realicé con los un mil reales, no entregué las armas que oculté en el campo, consecuente con la idea que desde luego formé de ser uno de sus acérrimos perseguidores: el 28 repitieron la demanda de las armas y á mas 5.000 reales con estrecho apercibimiento, y habiendo quemado la orden en vez de obedecerla, resultó que enviasen comisión militar para exigir la indicada contribución y mi prisión, lo que me precisó á salir al campo, y de consiguiente á los comisionados regresar sin haber cumplimentado su intención.»

Ya tenemos, pues, á nuestro Alcalde campeando por las asperezas de la Alpujarra, movido de impulsos semejantes á los que agujoneaban á tanto y tanto guerrillero como por entonces recorrían las demas provincias, á buscar la satisfacción de sus particulares agravios al tiempo mismo que la de su patriótico anhelo.

El Empecinado, soldado anteriormente en la guerra de la República, había salido con más apariencias de bandido que de soldado á sorprender y matar en los caminos á los que su enojo le hacía mirar como aborto de los infiernos, destinado por ellos á destruir la religión y asesinar á sus reyes; Merino se había propuesto vengar á la vez un ultraje, inferido en su doble carácter de hombre y sacerdote; Julian Sanchez, el que suponía borron indeleble arrojado sobre su familia por el brutal sensualismo de un oficial francés; y, como esos, habíanse ya hecho temibles y famosos cien otros, repetimos, fieros é incansables perseguidores de los soldados y partidas sueltas del enemigo, que el cansancio obligaba á detenerse en los caminos, el descuido á vivir sin precauciones, ó la impericia á cruzar los bosques ó recorrer los desfiladeros de nuestras montañas.

Las primeras hazañas del Alcalde de Otívar fueron

como las de casi todos los guerrilleros, puramente personales: necesitaba reunir partidarios en quienes, con el desprecio de la vida, se anasen el patriotismo y el ánsia temeraria de aventuras; y esto no se consigue sino halagando con esperanzas que el primer día no pueden garantizarse, ó imponiéndose con la fuerza que sólo dan el espectáculo de sus alardes y el tiempo.

Oigámosle también en estos que bien pudiéramos llamar prolegómenos de su peregrina historia, pues que vienen á revelar el origen de su reputación en el país, y á dar fundamento sólido á sus posteriores y arrogantes aseveraciones.

«El 3 de Junio, dice á seguida de los renglones anteriormente copiados, se me presentaron á las dos de la mañana dos cabos y dos soldados de la partida de Francos de Montaña, y como uno de los soldados, que se llama Miguel Bueno, me previno con el mayor disimulo que la orden que traían era de presentarme vivo ó muerto y llevar á mi caballo, que sabían ya donde se hallaba, observé tal precaución y serenidad de espíritu, que cuando vi se dirigían por el caballo, tratando de impedirlo, uno de los cabos me apuntó con el fusil diciendo me rindiese preso; pero más veloz yo é irritado, cayó muerto el cabo de mi primer tiro, sucediendo lo mismo de su compañero del segundo, y apoderándome de las armas de uno de los soldados (pues el Miguel Bueno huyó), lo eché en tierra, y no dí la muerte por haberme ofrecido ir á presentarse al punto al Ejército Español, que no verificó por haberme suplicado le permitiese ir en mi compañía, que le concedí: inmediatamente principié á juntar gente, resuelto á perder la vida conforme había perdido los bienes, y apartado de mi amada mujer é hijos en defensa de la patria hasta el total exterminio del pérfido enemigo comun, y noticioso de que venía una Audiencia compuesta de Alguacil mayor, Escribano y Cirujano, con 44 hombres de auxilio, con el fin de hacer el embargo y secuestro de mis bienes, me dirigí con cuatro hombres al Cabildo, los sorprendí y llevé al Alguacil mayor, Escribano y Cirujano y uno de los que llevaban de auxilio; retiréme con ellos al cerro de Moscarin, donde los solté bajo juramento de no ocuparse jamás en servicio del partido inicuo.»

Las dos hazañas son notables, y la reputación de nuestro Alcalde quedó sólidamente sentada en la Serranía, apresurándose los valientes y los enojados de los pueblos vecinos á alistarse en la partida de un hombre que tanto prometía en favor de la patria, y más, acaso, para vengar los atropellos y exacciones que cometían los franceses.

A los ocho días tenía á sus órdenes 14 hombres; y si en un principio hubo de ocultarse con ellos en las cuevas en que tanto abunda aquella áspera sier-

ra, y después reunirse á otra partida que un Luis Negro formaba á la vez en la misma comarca, no pasaron muchos días sin que se le presentase ocasión de medir sus fuerzas con las de los destacamentos enemigos. Es muy difícil que dos españoles se entiendan para nada útil, y cuando se dejó ver la partida francesa, compuesta de unos 300 infantes y otros tantos caballos, el Negro se retiró prudentemente á un cerro, del que sin duda quiso presenciar la lucha que nuestro Alcalde entabló al frente de 52 de los 200 hombres que los dos guerrilleros habían llegado á reunir. Pero tal mañana se dió, aunque sin la experiencia todavía de los combates, el héroe alpujarreño, y tan valerosamente acometió á los dragones franceses, que desbarató completamente sus filas, tendió en el suelo por su propia mano al capitán que los mandaba y los obligó á huir, dejando ellos en el campo hasta 52, con varios caballos y el honor de la jornada.

Y no satisfecho aún de acción tamaña, separándose de aquel su colega que, si bien le había prestado parte de su fuerza, le abandonaba en ocasión tan solemne, y no sin antes echarle en cara su egoísmo y cobardía, acometió la conquista del castillo de la Herradura, del que se apoderó, con efecto, por sorpresa, como de los 17 soldados que lo presidiaban y seis cañones, la pólvora y víveres de que estaba más que suficientemente provisto.

Encumbrando entónces sus ambiciones á empresas de mayor importancia y más ruido, proyectó la toma de Almuñécar, dándola un carácter militar de que tan sólo véanse revestidas las operaciones de la guerra entre ejércitos regulares y numerosos.

«Regresado, dice en su diario el Alcalde de Otiñar, á la citada Almuñécar, á los 3 días pasé al cerro Moscarin y oficié al capitán comandante de la compañía Franca de Cazadores de Montaña, que se hallaba en la ciudad de Almuñécar para que bajo palabra de honor viniese á tratar varios puntos interesantes que cumplimentó bajando á un cortijo una legua distante de la ciudad: allí le intimé la entrega de la fortaleza, á que se negó con resolución de defenderla hasta el último momento de su vida; y, procurando atraerme con razones especiosas á su pérfido partido, ofreció indultarme por medio del general Werlé que se hallaba en la ciudad de Motril; pero yo siempre discursivo en inventar medios para incomodar y escarmentar al enemigo y sus adictos malos Españoles, trataba de sorprender la guarnición para lo qual le dí lisonjeras esperanzas exigiendo sólo para ello y verificar mi entrega que había de salir dicha guarnición media legua distante de la ciudad; mas aquel Comandante, sospechoso, qual delinquente, no accedió y me fué forzozo restituirme con mi gente á mi anterior situación: al cuarto día por la noche me dirigí para la ciudad,

formé de mi Partida 6 guerrillas, y cogidas las bocacalles, entré haciendo fuego á 43 Civicos que la patrullaban, les maté 2 é hice prisioneros 41 con sus armas y dos caxas: mandé saquear las casas del capitan de la compañía y la del alcalde mayor que se refugiaron en el castillo con los 93 de la misma de francos que le defendian, y restituido al amanecer á mi citado punto repartila sopa y dinero resultantes del saqueo entre mis valerosos compañeros á 100 rs. cada uno y agregando diez de los prisioneros á mi partida, los restantes 31 que eran casados é inútiles los solté juramentados de no tomar las armas ni ocuparse en servicio del enemigo empeñado en rendir aquella fortaleza me desvelaba y habiendo entrado en la ciudad el dia que hacia cuatro á la una de la tarde volví á intimar la rendicion al Comandante D. Salvador Garcia de Morales cuya contestacion fué que no lo esperase miéntras su vida existiese pues no podia faltar al juramento de fidelidad y defensa que tenia hecho al Rey José y á pesar de haberle yo asegurado (disimulando cuanto me habian incomodado las anteriores razones) que por tan noble accion de reconocimiento patriótico le trasladaria seguro donde fuese de su gusto para recibir el indulto, no pude conseguirlo, ántes bien pidiendo 8 dias de tiempo, que le negué, se ausentó diciendo que con 3 piezas de artillería cargadas de metralla y 70 hombres de fusilería que tenia defenderia el castillo y destrozaria mi partida: por momentos se aumentaba mi ardoroso deseo y al inmediato dia, á las 12 de él, principié á hacer vivísimo fuego de fusil correspondiendo el Castillo con la artillería y fusilería; mas llegada la noche sin poder conseguir su rendicion dispuse traer un pellejo de alquitran y una porción de haces de leña que repartí uno á cada uno de los más distinguidos de la ciudad y llevando al Vicario por guia los hice caminar delante de mis soldados hasta ponerse debajo de su artillería, y sin embargo de esto con inhumana resolucion dispararon un cañonazo de metralla que hirió á muchos y murió uno de mis soldados: á vista de esto hallandome con 7 fusiles cargados maté á dos de los que manejaban los del castillo, con lo que di treguas á que los unos consiguiesen meterse bajo la batería é incendiando la puerta al momento pusieron la señal de rendicion franqueando las llaves.»

La presa fué importante, así en personas, entre las que se hallaban de las más caracterizadas de la poblacion, como en municiones y víveres, de una parte de los cuales pudo solamente aprovecharse la partida, quedando el resto en los almacenes en que habían sido encontrados.

Mejor fruto aún y más abundante que el de aquella presa, debía proporcionarle la toma de Almuñécar en la opinion pública. El entusiasmo que pro-

dujo entre los comarcanos elevó el número de sus partidarios, y el terror que impuso en los enemigos le abrió las puertas de Motril que no supo defender el general Werlé con 400 franceses y 150 de los llamados Francos de Montaña que con él se retiraron á Granada.

El Alcalde de Otívar, el áspero serrano á quien su genial fiereza y rudo patriotismo arrancaran al trabajo del campo y á la paz doméstica, se había en pocos dias convertido en adalid de la Independencia con ínfulas de hábil y entendido capitan. Sabía cómo tender un lazo á los destacamentos enemigos en los desfiladeros de la montaña y en los bosques que la cubren, atacar los empinados castillos de aquella tierra escabrosa, y conquistar de igual modo poblaciones que, por lo numeroso de su vecindario y la importancia de su situacion, se hallarian vigiladas y constante y fuertemente guarnecidas por un enemigo de tiempo atrás establecido en el país y perfectamente organizado. Almuñécar y Motril, Castel de Ferro y Gualchos le recibieron como en triunfo; y con sus cerca de 500 partidarios, las fortalezas de la primera y la última de aquellas localidades, que creyó deber conservar, la fama adquirida y el temor que imponía á los enemigos, el Alcalde de Otívar pasaba en los primeros dias de Setiembre de 1810 por un guerrillero insigne, honor de las Alpujarras y sosten firmísimo de su libertad é independencia.

No tardó, sin embargo, en volverle la espalda la fortuna, como para hacerle ver su índole tornadiza y la ninguna confianza que deben inspirar las primeras ventajas en toda empresa de suyo dilatada.

Establecido en el Padul con 364 infantes y 51 caballos, el 3 del citado mes de Setiembre todavía rechazó á 200 franceses, procedentes de Alhendin, matando hasta 31, y metiendo arrebatadamente á los demas en Granada. El dia 4 fué de nuevo acometido por fuerzas superiores, que tambien escarmentó en una accion donde, como la siguiente en que se creyó haber sucumbido para siempre nuestro héroe, presentó el espectáculo de toda una batalla, por lo que vamos á copiar fielmente su relato del diario que sirve de base al presente escrito.

«El siguiente dia 4 recibí otro que por la espalda del cerro del Manal se aproximaba el enemigo con mayor número que el dia anterior, y que formaba sus columnas en batalla: inmediatamente despaché 200 hombres al mando de mi 2.º D. Antonio Guerrero para que tomase la altura del cerro, y los 164 infantes restantes, al mando de mi Ayudante D. Josef Estévan para que cubriesen la izquierda, y saliendo yo por el centro con una guerrilla de 14 caballos quedó cubriendo la retaguardia el Teniente D. Antonio Dios con 37 caballos: puesta en este orden toda la partida, di orden para atacar; y, adelantándome con

mis caballos, encontré con una guerrilla de 25 dragones y el famoso comandante Longinos, el qual recibió mi primer tiro que lo mató, sucediendo lo mismo á seis más de ellos: Ya á este tiempo llegó el teniente D. Antonio Dios con los 37 caballos, y desordenados los obligó á retirarse al amparo de las dos columnas gruesas que tenían cerca de las quales sacaron dos de 30 hombres de caballería cada una para sostener el ataque mientras la infantería se retiraba: entónces yo formé tres guerrillas de mi caballería con mi genial vivacidad, dos de ellas las destiné á cubrir la vanguardia, y la otra por el centro consiguiendo incomodarlos hasta retirarse á Alendin, dejando tres dragones que maté por mi mano, sin que por nuestra parte hubiese la menor desgracia. Recogí á aquella hora que eran las once del dia toda la gente, y regresé á mi campamento en el Paul, donde encontré algunos que iban á alistarse, y continuaron hasta el número de 218: formé las compañías á que alcanzaron, pasando el resto del dia en esta operacion, y luégo nombré las guerrillas avanzadas y despaché los espías: á poco rato se me presentó uno de estos que tres dias estaba en Granada dándome aviso cómo el general frances Oracio Sebastiani había llegado del ejército de Levante á aquella ciudad, y sin detenerse volvía á salir con 4.400 lanceros en mi busca: al momento mandé tocar órden general, y juntando toda la oficialidad, les ordené que con el mayor silencio y brevedad reuniesen toda la tropa en las Eras: monté á caballo, y puesto en aquel sitio, reforcé con alguna caballería la guerrilla más avanzada al enemigo, con la precaucion de que en el caso que el número de tropas francesas fuese el que les avisaba, se retirasen poco á poco haciendo fuego hasta ponerse á cubierto del cuerpo de mi partida que se hallaría en los hondos de Chiribayle donde me encaminé. Al amanecer del dia siguiente 5, se oyeron los tiros de la indicada avanzada; puse mis 633 soldados en dos columnas á derecha é izquierda con su guerrilla avanzada cada una, y ambas cubrían el cerro por donde precisamente habian de pasar los enemigos, y reservando la caballería, la situé en el llano del flanco de la derecha proponiéndome aguardar al enemigo con la mayor serenidad: apenas quedaba hecha esta operacion, cuando llegó la avanzada que venía muy deprisa dándome parte de no haber visto más que una columna como de unos 200 dragones, y otra de infantería que no podían calcular su número con una guerrilla tambien dragones que le seguía como de 25 ó 30: luégo que arribó esta, que fué muy en breve, la mia de infantería avanzada los recibió haciéndoles vivísimo fuego, y los rechazó retirándose al Paul, y se reunieron con la referida columna de dragones: á poco rato descubrí otra de infantería que se aproximaba haciendo fuego, y re-

tirando la guerrilla aguardé á tenerlos á la distancia proporcionada para derrotarla á mi placer: efectivamente lo conseguí; pues de los 175 que, segun individual noticia, se componía, sólo escaparon seis, quedando los restantes 169 muertos. Viendo el enemigo esta derrota por su parte, acudió prontamente con la columna de caballería que tenía en el Paul de 226 hombres contra los 51 que componían la mia; mas esta sorpresa, capaz de acobardar al más valeroso guerrero, no hizo este efecto en mí, pues que á pesar de las superiores fuerzas, no olvidando que en otras ocasiones los había rechazado con iguales circunstancias, y animado por el odio que profesó á los viles desoladores y bárbaros contraventores de los sagrados derechos de la humanidad, intentaba la defensa; mas viéndome rodeado de improviso de otras dos columnas de caballería de 300 hombres cada una, no pude de forma alguna efectuar la ordenada retirada que ya intentaba, por serme tan contraria la llanura donde nos hallábamos, fui cortado con 16 de mis soldados, de los quales quedaron 9 muertos, y los 7 gravemente heridos, y yo recibí en esta ocasion 15 heridas que despues de haberme desnudado los enemigos hasta dejarme en cueros, me fueron dadas por varias manos, 8 de las quales mortales, y habiendo registrado el campo de batalla de órden de mi 2.º por ver si me encontraba muerto ó vivo, fui efectivamente recogido sin esperanzas de vida y conducido á la Albuñuela, y de allí á Lentegi desde donde se me trasladó á una cueva en el monte porque ya los franceses sabían mi paradero, y allí permanecí 45 dias, siguiendo dicho mi 2.º en este intermedio mandando la partida, ya incomodando al enemigo, ya defendiéndose segun lo permitían las circunstancias.»

III.

Ya parecía que todo había acabado en la Alpujarra. Veíanse los franceses libres de su mortal enemigo, de aquel aguijon que sin cesar los punzaba, privándoles, como del descanso en sus cantones, del fruto que sólo pudiera producirles el dominio pacífico de aquella tan excepcional comarca.

Bañada por el mar en uno de los cuatro lados que la circunscriben, de los que el opuesto se remonta á las nubes cubierto de nieves, en parajes eternas, y formados los otros dos por otros tantos estribos que descenden casi perpendicularmente desde la encumbrada cúspide de la cordillera hasta lamer tambien las ondas del Mediterráneo, la Alpujarra ofrece, con efecto, tal variedad y tanta abundancia de frutos, que bien puede considerársela como uno de los países más privilegiados de la tierra.

Como dice Bory de Saint-Vincent, «las faldas meridionales de Sierra-Nevada ofrecen la situacion más feliz con que la naturaleza puede brindar al hom-

bre para que en ellas elija una patria querida. Surcadas por valles profundos en dirección Norte-Sur, esos valles vivificados por abundantes corrientes de agua, se ven á la vez refrescados por el aire que enfrían los ventisqueros, y templados por los rayos de un sol africano. En todas partes son fáciles los riegos; á lo largo de los arroyos la tierra es sustancial y profunda, y en la costa prospera el algodón y la caña de azúcar. Hemos visto connaturalizados allí un gran número de los vegetales de la zona tórrida y crecer los ananas, los cafetos y el añil, siendo muy pocas las plantas que no se puedan cultivar al aire libre. La vid y los cactus, unidos á los almendros, cubren allí las colinas; y el observador que puede en un día llegar de una playa ardiente á cimas siempre heladas, ve, en seis á diez leguas de trayecto, cambiar á sus piés de aspecto la naturaleza. Ha salido de lugares que adorna la verdura de los trópicos y, pasando á través de vegetaciones escalonadas de todos los climas, llega muy pronto al en que todas desaparecen, siendo las últimas plantas que halla las de los montes hiperbóreos; y la *Androsace septentrional*, la *Sabina* de Noruega, la *Saxifraga* de Groenlandia, confundidas con el pequeño sauce herbáceo tan frecuente en Laponia, se ofrecen á sus miradas como para persuadirle de que, por un poder mágico, se eleva en un solo paseo, del Ecuador á las regiones polares. Por eso aquellas bellísimas Alpujarras, aquellos montes de Granada y sus encantadores valles, aquellas risueñas y fértiles costas á que los árabes habían como trasportado su primera patria con todas las producciones de su suelo, fueron las comarcas de la Península que aquellos conquistadores en decadencia abandonaron con mayor amargura y después de haberlas mejor defendido. El pueblo que posee hoy día tales provincias, es, de todos los del globo, el que puede más fácilmente pasar sin colonias lejanas.»

Esto es en cuanto á la fertilidad de las Alpujarras que el eminente geógrafo pudo observar en sus expediciones militares como oficial, que era, del estado mayor de Soult, porque respecto á las circunstancias propias para la guerra que reúne aquella montaña, la más alta de la Península, son tantas y tan notables que sería prolijo el detallarlas. La cuenca del Guadalfeo, que constituye la Alpujarra en la casi totalidad de esta pintoresca comarca, si no encierra grande importancia militar más que respecto al camino costanero de Almería á Málaga, la tiene como centro de una resistencia obstinada desde el que, casi á mansalva, pueden estorbarse, no sólo aquella comunicacion, sino las muy interesantes de Granada á los mejores y más florecientes puertos de aquel feracísimo litoral. Una cordillera elevadísima, repetimos, y extensa, donde se hallan Mulha-

cen, Veleta y el Panderon, sus picos más altos, que con sus nieves ó veneros de agua dan origen á aquel río que como de golpe desciende al mar burlando los estribos perpendiculares que de ella se desprenden ó rompiendo los paralelos que por una ley general en el globo, visible con la mayor frecuencia en la Península, parecen oponerse á su corriente arrebatada y bulliciosa; una cordillera resquebrajada violentamente, llena de cuevas recónditas ignoradas de los extraños, cubierta de bosques espesísimos ó de escabrosas y empinadas rocas, no puede ménos de constituir, con efecto, un abrigo casi impenetrable en guerra como la que por entónces se tenía en España por única eficaz y salvadora. Allí están Bérchules y Cádiar, Órgiva y Lanjaron dominando los valles secundarios que forman el general del Guadalfeo en sus orígenes ú observando la avenida principal de Granada por el Suspiro del Moro y el Padul; allí se alzan Vélez de Benaudalla dejando ya á su espalda el Tajo de los Vados, la angostura por donde se desliza el río entre la Almiñara y Lújar, las dos sierras que rompe paralelas á la cordillera; y Salobreña, Motril, Almuñécar y Calahonda, puertos, como ya hemos dicho, importantísimos del Mediterráneo. Y por do quier se ven árboles y arbustos de todas las latitudes, cereales y frutos los más apreciados; cuanto, en fin, constituye el más bello ornato y la riqueza mayor en las allí espléndidas manifestaciones de la Naturaleza.

¿Cómo no habrían de codiciar los franceses la posesion tranquila de tal comarca? ¿Cómo no habían de amarla y defenderla sus naturales, tan felices ántes con su libertad é independencia, objetos por los que siempre, entónces como ahora, han mostrado el más ardiente entusiasmo?

Los guerrilleros, pues, comenzaron á pulular en ella desde que la vieron profanada con la presencia de los soldados del Intruso; ninguno, empero, con la fama ruidosa y justa de nuestro Alcalde. Su vencimiento, con todo, en el Padul y su desaparicion por 46 días, enfrió notablemente el ardimiento de aquellos serranos; pareciendo, segun ya hemos indicado, que allí, como en otras regiones de Andalucía, iba á darse punto á la resistencia.

Seguió su segundo, D. Antonio Guerrero, peleando por él; mas sin gran fruto, pues cuando Fernandez, repuesto ya de sus heridas, abandonó el antro en que se había guarecido, la guerrilla no contaba más que unos 200 hombres, y Almuñécar se había entregado al enemigo que ahorcó á los presidiarios, mal confiados en una capitulacion formal y en la promesa de vergonzosas pero halagadoras recompensas.

El santuario de Boijar, el barranco de la Huerta junto á Otívar, las puertas de Vélez y de Granada

en Almuñécar, Cazulas y Jete fueron testigos de su venganza en los últimos días de Octubre y Noviembre: habiendo á fin de año, y despues de rechazar lo mismo las intimaciones que los indultos que se le enviaban de Granada, recobrado todo su anterior prestigio.

Eso atrajo de nuevo á la Alpujarra fuerzas y fuerzas francesas, á cuya cabeza no desdeñó el ponerse alguna vez el mismo general Sebastiani, mandando, cuando no, para que las rigiesen, jefes de los que disfrutaban de su mayor consideracion y confianza. Se derramó el dinero para obtener noticias y ganar traidores; se impuso con el terror á los que, aún así, se mantenían leales ocultando los movimientos de su compatriota el Alcalde de Otívar; y no se perdonaron ni actividad en las operaciones, ni seduccion, ni medio alguno para apoderarse de él. Su resurreccion despues del combate del Padul tenía en alarma á las guarniciones francesas de todo el país, y no descansarían sus comandantes hasta romper aquel aguijon constante que no los dejaba reposar un momento.

Creemos que no se han estudiado bastante el carácter, la índole ó condicion, ni las necesidades del guerrillero en España. De otro modo, ni hubiera dado el fruto que proporcionó en la guerra de la Independencia, ni se hubiera impuesto en las civiles posteriores á sus mismos compatriotas del modo y en las proporciones que lo ha hecho.

El guerrillero es producto del personalismo ibérico, refractario á toda idea de la disciplina y de la union que, despues de todo y de conformidad con el axioma vulgar, hacen robusta y eficaz la fuerza. Impotente para vencer la que se le opone, por pequeña que sea su cohesion, busca en el ardid y la destreza, en su impalpabilidad y pertinacia, en el calor del solar nativo y en la cooperacion de sus allegados y vecinos, los medios de burlar, cuando no de resistir, el empuje de las masas enemigas, la persecucion sistemática, las asechanzas, si así pueden llamarse, doctrinales, y las imposiciones del terror y la violencia.

Viendo al enemigo de léjos, elude, con efecto, su choque; sintiendo sus movimientos, hasta sus pasos, y espiándolos, los resiste á veces y los escarmienta; y con el favor del país y al abrigo de los accidentes del terreno, por nadie mejor que por él conocido, puede defenderlo y sustentarlo. No se alejará de él, que está convencido de su inmediata ruina, si menosprecia ventajas tan notables; y sólo cuando con el tiempo y las pequeñas victorias que va alcanzando llega á organizar una fuerza que, por lo numerosa, no puede circunscribir sus operaciones á un pequeño espacio, es cuando se decide á abandonarlo, extendiéndolas, empero, con gran parsimonia y lentamente.

Quien esto logra, cambia su modesto papel anterior de guerrillero, por el brillante de general, sólo asequible á instintos militares privilegiados, no escasos, por fortuna, en nuestra España.

Pero entre tanto, y en la generalidad de los casos, el guerrillero no pierde, figuradamente hablando, de vista el campanario de su aldea, donde halla en los reveses la proteccion, el abrigo, el calor de la familia y de la casa, únicos lazos que reconoce, despues del de su patriotismo, en su azarosa existencia.

Allí es, pues, donde hay que irlo á buscar una y cien veces; sin cansarse de las decepciones que se experimenten, y siempre con el convencimiento, mucho más, la seguridad de encontrarlo en alguna ocasion y poderse vengar de sus ardidés y tropeles.

Así sucedió al alcalde de Otívar á fines de 1810 cuando, por enfermo, como ántes por herido, se había retirado á una gruta próxima á Cazulas, aldea situada en la sierra.

Dos veces se halló á punto de caer en las garras de los franceses que, de seguro, lo hubieran despedazado; tal era la ira que en ellos encendía lucha tan desesperada.

Oigámosle á él describiendo las sorpresas casi seguidas de que fué víctima por aquellos días:

«El 23, dice, al amanecer, hallándome en dicha gruta con mi mujer, un niño, una niña y dos soldados, me vi cercado de 93 franceses que iban en mi busca haciendo por el frente unos, y otros cercándome por ambos lados: no vacilé mucho en despreciar la vida por no escoger el vergonzoso cautiverio, y saliendo ciegamente por entre las balas con mis soldados, mujer é hijos, que me seguían, me encaminé por el monte arriba, dejando á uno de mis soldados la custodia y guía de mi mujer é hijos, llevando al otro para que me cargase los fusiles, en cuya faena maté á tres de los enemigos, herí á uno y conseguí la inesperada fuga hasta lo alto del monte; viendo los enemigos que les impedía con mis tiros el entrar en la indicada gruta como intentaban, incendiaron el monte y dos chozas mias propias que ocupaban el sitio de mi labor, y efectuaron su retirada para Itrago.»

«Aquella noche me fui con mi familia, que tambien quiso el Omnipotente libertar de tan inminente peligro, al cortijo Turillas, y el 24 á la una de la tarde vi que venían por Otívar los del día anterior reforzados con veinte caballos, y que se dirigían á aquel sitio: hallándome sin gente para hacer frente á las fuerzas contrarias, me subí á un cerro que dominaba dicho cortijo con el amo de éste, dos espías y dos soldados, cada uno con su fusil, y además un pedrero que en otra ocasion había guardado allí inmediato; y luego que los enemigos llegaron princi-

pié á hacerles fuego, é intentando acometerme los rechazé, matándoles seis é hiriéndoles tres.»

«El 25 por la noche pasé con dichos dos soldados, espías y el amo del cortijo á Rio-seco, desde donde oficié á mi segundo para que viniese, y tardó algunos dias á efectuarlo por no permitírsele la situacion y distribucion que tenía hecha de la partida: habiendo llegado el 30 lo despaché otra vez á las inmediaciones de Almuñécar para incomodar al enemigo en lo posible; y prescribiéndole el plan que debía observar en el corto tiempo que yo permaneciese ausente, partí á lo alto del Rico-seco, y á los ocho dias, hallándome en una cueva con mi familia y una mujer con dos niñas que habitaban dicha cueva y labraba sus tierras, me cercaron los franceses al mando de un polaco, y 50 juramentados al del comandante Mancilla, vecino de Motril; y hallándome acostado se echaron sobre mí cinco apuntándome con los fusiles, diciendo me rindiera sino era muerto; mas aunque todavía débil de la anterior enfermedad y con algunos dolores, di un brinco tan veloz como quien despierta acelerado, que conseguí salvarme de aquellos primeros golpes, y de consiguiente ponerme con mi hijo y la patrona, pero no las niñas de ésta, mi mujer é hija que quedaron prisioneras y conducidas á Motril y de allí á Granada, desde donde al cabo de siete meses las dieron libertad con cartas y expreso encargo y palabra de seducirme para que yo fuese á indultarme.»

El ayuntamiento de Cómpeeta, en su escrito de 15 de Setiembre de 1813, hace suponer que estas sorpresas pudieron deberse á traicion ó delaciones de un tal Cuadra, á quien llama *asesino, ladrón é infame español afrancesado, indultado de los enormes delitos que en España tenía cometidos con el objeto de que quitase la vida al Fernandez.*

El de Albuñuelas, en el informe larguísimo que emitió el 20 de Octubre de aquel mismo año citado, dice á propósito del suceso de la gruta: «Y abiendo logrado varios soldados entrarse con el mayor silencio en la expuesta gruta á pesar de hallarse el D. Juan Fernandez sumamente endeble y envuelto en una capa de paño pardó, único lecho para su descanso, y entre algunas bayonetas que ya sus agudas puntas le herian oyendo la voz de que se rindiese se deslió como pudo de la tocada capa, y qual fiera y veloz tigre se levantó de repente, echó á rodar á los que le incomodaban, saltó por cima de la centinela de la puerta y á las voces de esta sufrió el D. Juan las descargas, aunque á bulto, de toda la Division se puso á salvo logrando los enemigos y el Marcilla (otro afrancesado) hacer presa de su pobre mujer é hija, y no al hijo porque pudo escapar de los enemigos y andar perdido dos dias por dichas montañas...»

Así puede decirse, con la evidencia histórica con

que lo asegura el autor de *La Alpujarra*, que el intrépido Alcalde iba á *lamerse sus heridas en una cueva, como un verdadero leon, para volver de nuevo á la lucha, todavía chorreando sangre.*

JOSÉ GOMEZ ARTECHE.

(Continuará.)

LOS PROGRESOS DE LAS CIENCIAS. (1)

Como medios de estudio, indudablemente merecen un lugar preferente expediciones científicas como la que acaba de verificar el *Challenger* y las que anteriormente organizaron sir Wyville Thomson y el doctor Carpenter para estudiar las profundidades del mar, para cuyo efecto M. Siemens ha presentado un notable instrumento denominado *Bathómetro*, en el que la fuerza de un resorte regulariza la presión variable de una columna de mercurio. El Bathómetro permite hacer, á bordo de un buque, observaciones fáciles, por medio de las cuales se puede reconocer aproximadamente la profundidad del mar sin necesidad de recurrir al sondeo. Gracias á estas expediciones, se han reunido los conocimientos que poseemos relativos á las diferentes formas del fondo, á la representación de la vida animal en toda la extensión del Océano, y los preciosos datos relativos á las corrientes oceánicas y á la temperatura de las aguas.

La geografía terrestre ha obtenido un adelanto positivo, mayor que las esperanzas concebidas con la expedición del teniente Cameron á través del continente africano. Sentada esta base, puede esperarse que en breve el mercader árabe, traficante esclavo, sea reemplazado por un comerciante emancipado, y que las oprimidas poblaciones del Africa entren gradualmente en el concierto del mundo civilizado.

Otra expedición, de la que por ahora no hay noticias, es la dirigida al polo Norte, y de la cual se esperan fructíferos resultados (2). Los riesgos que en estas expediciones se corren y los gastos tan

(1) Este estudio forma parte del discurso inaugural del Congreso que acaba de celebrar en Glasgow la *Asociación británica para el progreso de las ciencias*. Su ilustrado presidente, M. Thomas Andrews, examina concienzudamente el estado actual de los conocimientos en las diferentes ramas de la filosofía natural, medios empleados para llegar al punto en que se encuentran, y aplicaciones que para el perfeccionamiento de la industria se desprenden de las conquistas alcanzadas en el terreno de la ciencia.

(2) Ya ha regresado á Europa la expedición á que se refiere. Los buques *Alerta* y *Discovery* que la componían, han arribado á las costas de Irlanda. Los sabios que formaban parte de ella han hecho estudios interesantes, y bajo ese aspecto el viaje ha sido fructífero; pero en cuanto al fin objetivo del viaje, llegar al polo Norte, es la opinión del capitán Nares, jefe de la expedición, que es *inaccesible por mar y por tierra*.

considerables que ocasionan, dan lugar á que personas que no miran las cuestiones sino bajo el punto de vista del lucro inmediato, emitan la opinion de que los resultados científicos ó de cualquier otro género que puedan obtenerse por consecuencia de estas expediciones, no podrán compensar nunca aquellos riesgos y aquellos sacrificios. Pero no deben medirse con el rasero del mezquino interes los grandes descubrimientos ya realizados y las empresas de este género que hay por acometer.

Existe hoy un impulso interior é irresistible que en los individuos recibe el nombre de aventura y en las naciones el de espíritu de empresa, y que arrastra al género humano hácia la exploracion de todas las partes del mundo que habitamos, por grandes que sean las dificultades y por pequeños que sean los resultados que de penetrar en cualquier punto se obtengan; y si el país que pretende ocupar el primer puesto entre las naciones marítimas esquivase las empresas á pretexto de que son arriesgadas, otras naciones vendrían bien pronto á ocupar aquel puesto de honor. Si se halla en la categoría de los hechos posibles al hombre llegar á los polos de la tierra, sea al del Norte, sea al del Sur, tarde ó temprano el hecho se realizará, y el país de donde sean naturales los aventureros coronados con el éxito, subirá, sólo por ese hecho, en la escala de las naciones.

La observacion del paso de Vénus por delante del disco del sol es un acontecimiento que ha influido poderosamente en los adelantos de la astronomía. En 1769 se emprendió el célebre viaje del capitán Cook al Océano Pacífico con el objeto de observar este fenómeno por vez primera, y en el curso de aquel viaje se exploró la costa de la Nueva-Gales, y aquel gran país quedó incorporado á las posesiones de la corona de Inglaterra.

El paso de Vénus por delante del sol da el medio más exacto de determinar la distancia de este astro á la tierra; por esto, con motivo del último paso, se hicieron preparativos de gran importancia para verificar con el mejor éxito posible las observaciones en estaciones adecuadas. Los puntos escogidos eran la Siberia, en las latitudes Norte, y el país de Kerguelen en las latitudes Sur. Las grandes potencias marítimas han rivalizado para aprovechar lo mejor posible aquella circunstancia, y lord Linsay ha llevado su celo hasta equipar á su costa la expedicion más completa que ha salido de las costas de Inglaterra. Algunas de las estaciones más favorables en las latitudes Sur eran islas desiertas, casi siempre expuestas á nieblas y tempestades, sin puertos ni abrigo de ninguna especie, y en que se tocaban grandes dificultades y aún riesgos en la vida de las tripulaciones para el desembarque de los instrumentos. La fotografía ha prestado su au-

xilio suministrando los registros automáticos de las fases del paso; y se debe á M. Jansen una placa giratoria por medio de la cual podían tomarse, durante el período crítico del fenómeno y á cortos intervalos, cincuenta ó sesenta imágenes de los bordes del sol.

Las observaciones de M. Jansen en Nangasaky (Japon) han presentado un interes especial. Vió á Vénus á favor de un cristal azul violeta dos ó tres minutos ántes de principiar el paso; parecía como una mancha redonda y pálida al lado del borde del sol. Inmediatamente despues del contacto, el segmento del disco del planeta sobre la faz del sol formaba un disco completo con el resto de la mancha indicada. La mancha, pálida cuando se la vió por vez primera, era un eclipse parcial de la corona solar; túyose así la prueba incontestable de que esta corona es una atmósfera luminosa que rodea al sol. Al mismo tiempo se han obtenido vestigios de la existencia de una atmósfera que circunda á Vénus.

Durante largo tiempo se ha creído estar comprendida entre pequeños límites de error la distancia media de la tierra al sol, calculada en 95 millones de millas (38.237.500 leguas). La exactitud de este número la habían puesto en duda Hunsen y Le Verrier, fundados en datos teóricos: en 1862 decidióse la cuestion por medio de experiencias extraordinariamente precisas. Utilizando el espejo giratorio con que M. Wheatstone había enriquecido la ciencia poco tiempo ántes, Foucault ha llegado á medir la velocidad absoluta de la luz en el espacio por medio de experiencias hechas sobre un rayo de luz, el cual era reflejado en un tubo de poco más de 30 piés de largo. Combinando el resultado así obtenido con lo que los astrónomos llaman la constante de la observacion, Foucault ha calculado la distancia de la tierra al sol y la ha encontrado menor en un treinta-avo, ó sea en 3 millones de millas próximamente á la cifra generalmente admitida. Esta deducción ha sido confirmada más recientemente por M. Cornu á consecuencia de una nueva determinacion de la velocidad de la luz hecha segun el método de M. Fizeau; y estos resultados se han hallado, por último, conformes con los que resultan de las investigaciones hechas por Le Verrier, fundadas en una comparacion teórica de los movimientos del sol y de los planetas Marte y Vénus. Falta saber si las observaciones recientemente hechas sobre el paso de Vénus poseen la suficiente exactitud y concordancia para permitir determinar con más precision aún la verdadera distancia que separa la tierra del sol.

Pasemos á examinar los progresos alcanzados á favor de otro descubrimiento no ménos importante: el de las rayas de Fraunhofer, que dió origen al análisis espectral.

Por este medio Huggins ha reconocido que algunas estrellas fijas se movían aproximándose á nuestro sistema planetario, al paso que otras lo verificaban separándose de él, y este descubrimiento se ha confirmado plenamente á consecuencia de una serie de observaciones minuciosas hechas recientemente por M. Christie en el Observatorio de Greenwich. M. Huggins no ha llegado á descubrir nada que pueda indicar un movimiento propio en las nebulosas; pero este hecho puede provenir de que el movimiento de traslación de estos astros sea demasiado pequeño para que sea perceptible por su método de observación. Pocas conquistas hay en la historia de la ciencia á que pueda aplicarse el calificativo de maravillosas con más justicia que á la que ha permitido medir el movimiento propio de las estrellas fijas por la observación en el campo del espectróscopo de la posición de finísimas rayas de luz.

El astrónomo americano había observado rayas brillantes correspondientes á las rayas inversas ordinarias de Fraunhofer y que podían verse durante algunos momentos en las capas inferiores de la atmósfera solar en ocasión de un eclipse total. Esta observación ha sido confirmada por M. Stone durante el eclipse total de sol visible hace algún tiempo en el Africa meridional. En la corona exterior, es decir, en las más altas regiones de la atmósfera del sol no se ha visto sino una raya verde: es la misma que Young había dado ya á conocer.

Roskoé, Schuster y Lockyer se han ocupado, los dos primeros de las bandas de absorción del potasio y del sodio, y el tercero de investigar la potencia de absorción á diferentes temperaturas de los vapores metálicos y metaloides, obteniendo con el vapor de calcio dos espectros enteramente distintos; uno visible á baja temperatura, y otro á temperatura elevada. M. Lockyer se ocupa además en este momento de la formación de una carta nueva y completa del espectro solar.

El análisis del espectro ha dado lugar recientemente al descubrimiento de un metal nuevo, el galio: es el quinto metal que se debe á tan eficaz agente, siendo debido su descubrimiento á M. Le-coq de Brisbaudran, ya ventajosamente conocido por un trabajo sobre la aplicación del espectróscopo al análisis químico.

Los conocimientos que había sobre los aerolitos han aumentado considerablemente en estos últimos años. Hace tiempo, en 1860, y cerca de la aldea de New-Concord, en el Ohio, ocurrió la caída de aerolitos más notable de que se conserva memoria. Un día en que no se descubría nube alguna tempestuosa, se oyeron ruidos intensos semejantes á furiosos truenos, á los que siguió la caída de un número considerable de piedras meteóricas, algunas

de las cuales se vieron distintamente llegar al suelo. Una, especialmente, del peso de unos veintidos y medio kilogramos, penetró en el terreno hasta una profundidad de dos pies, y se conservaba caliente cuando después de bastante tiempo se trató de recogerla. Otro aerolito notable cayó en 1872 cerca de Orvinio, en Italia. Presentóse como una estrella brillante con huella luminosa, y estalló, habiéndose recogido seis fragmentos.

Hállanse en distintos puntos de la superficie terrestre masas aisladas de hierro meteórico, ó más bien de una aleación de hierro y nickel; su composición y sus propiedades son las mismas que las del hierro esparcido habitualmente en las piedras meteóricas; algunas son de grandes dimensiones, como, por ejemplo, por Pallas, que pesaba próximamente dos tercios de una tonelada. Hay motivo para sospechar que estas masas de hierro tienen un origen cósmico, aun cuando no haya noticia alguna relativa á su caída. Sir Edward Sabine recorrió hace cincuenta años con el capitán Ross las orillas de la bahía de Baffin, y examinando las hojas de los cuchillos usados por los Esquimales en las inmediaciones de las altas tierras árticas, comprobó un hecho de los más interesantes: que aquellas hojas están hechas con hierro meteórico. Esta observación fué luego plenamente confirmada, y se han hallado de tiempo en tiempo trozos de hierro meteórico esparcidos alrededor de la bahía de Baffin. Sin embargo, hasta 1870 no se descubrió realmente el tesoro meteórico de aquella bahía. En dicho año Nordenskiöld encontró en un fondeadero de aquella costa, cuya aproximación era peligrosa aun con mar completamente tranquila, enormes trozos de hierro meteórico, el mayor de los cuales pesaba próximamente veinte toneladas: estaban asentados en una eminencia de roca basáltica. El interés de esta observación se halla altamente realzado por la circunstancia de que la masa de hierro meteórico, así como el basalto á que está asociada, no pertenecen á la época geológica actual: resulta, pues, que la caída debió verificarse mucho tiempo antes de la actual organización de los mares y de la tierra firme; debió ser durante el período terciario ó el período miocénico. Lorenzo Smith puso en duda el origen meteórico de las masas de hierro de Ovifak; puede muy bien suceder que hayan debido su origen á un levantamiento interior de la tierra. Nosotros hemos demostrado por medio de un procedimiento magneto-químico que el hierro metálico, en partículas tan finas que escapan á la vista, se encuentra esparcido por todas partes en los basaltos miocénicos de Shéve Misch, en el Antrin, y que puede igualmente observarse en todas las rocas ígneas y en todas las rocas metamórficas, procediendo en estas investigaciones con minuciosidad. Beuss ha comprobado des-

pues estas observaciones en el caso de los basaltos de Bohemia. Pero respecto al hierro natural de Oví-fak, la importancia de las pruebas parece estar en favor de la conclusión á que ha llegado M. Baubrée, de que su origen es realmente meteórico. El hierro de Oví-fak es notable también porque contiene una cantidad considerable de carbono, parte combinado con el hierro y parte asociado á la masa metálica bajo una forma parecida al cok. M. R. Apjohn ha descubierto también vanadio en un hierro meteórico.

La meteorología y la física solar han tenido grandes adelantos á favor del establecimiento de observatorios que, aunando y comparando sus observaciones como se comparan en una oficina central los datos de todas, y auxiliados por el telégrafo eléctrico, transmiten á los puertos observaciones ó noticias respecto á las próximas tormentas. Pocas son las que han estallado en las costas de Inglaterra cuya proximidad no se haya advertido de antemano, y de los avisos dados en estos últimos años no han dejado de verificarse sino una de cada cinco. Desgraciadamente, en el número de las tempestades no anunciadas de antemano se encuentran varios de los huracanes más violentos. Las estaciones de donde dimanan los partes diarios que llegan á la central meteorológica de Londres se extienden en toda la costa Oeste de Europa, incluso las islas Sheetland. Hay motivos para creer que las perturbaciones atmosféricas atraviesan pocas veces el Atlántico sin que se modifique notablemente su carácter, y debe suponerse que la mayor parte de las tempestades que se hacen sentir en el Atlántico boreal se forman al Este de la longitud de Terranova.

El doctor Robinson ha inventado un anemómetro, destinado á medir la velocidad del viento, el cual ha realizado plenamente todo lo que su inventor podía esperar de él. Faltábale determinar las constantes de su instrumento, y con este objeto el verano último se ha dedicado con todo el ardor de la juventud á una serie de concienzudas y laboriosas experiencias. Después de un trabajo de siete años en el Observatorio de Armagh, y valiéndose del anemómetro de su invención, ha encontrado que entre las velocidades medias de cada viento es la mayor la del octante Sudoeste, y la menor la del octante opuesto; ha encontrado también que la intensidad del viento alcanza su máximo en Enero y va después decreciendo constantemente, con sólo una ligera excepción, hasta el mes de Julio, desde cuya fecha vuelve á aumentar en intensidad hasta fin del año (1).

(1) Prescindiéndose, en los resultados de las observaciones anemométricas verificadas en Madrid con el anemómetro del doctor Robinson, de la velocidad muy diversa tal vez de los varios vientos, suponiéndose que todos soplan con igual fuerza, queda la duda de si el re-

Debemos ahora hablar de la electricidad, y empiezo felicitándome de que haya fracasado la temeraria empresa de arrebatarse á Versted la gloria de su importante descubrimiento. A Franklin, Volta, Coulomb, Versted, Ampere, Faraday, Leebek y Ohm se deben los descubrimientos fundamentales de la electricidad moderna; Davy la ha enriquecido con numerosas aplicaciones que á su vez han conducido á resultados mucho más importantes que los que buscaban en sus sueños los alquimistas; en las manos de otros sabios, entre los que figuran en primer lugar Wheatstone, Morse y Tomson, esta ciencia ha engendrado los prodigios de la telegrafía eléctrica. Pero no se ha detenido aquí esta ciencia. Cuando se trata de pasar de los fenómenos actuales de la electricidad á las condiciones moleculares de que dependen estos fenómenos, quedamos deslumbrados ante la inmensidad de las cuestiones cuya profundidad alcanza los límites más lejanos á que hoy pueden llegar los físicos, siendo las investigaciones de Faraday las que han suministrado los elementos más preciosos para la resolución de aquellas cuestiones.

Entre los estudios recientes, debe citarse el descubrimiento de Tait, relativo á los puntos neutros consecutivos de ciertas soldaduras termo-eléctricas, resultado de una laboriosa investigación de las corrientes termo-eléctricas, y especialmente interesante bajo el punto de vista de la electricidad dinámica.

Notables son también las nuevas é interesantes experiencias del doctor Kerr relativas al estado dieléctrico: parece que de sus estudios resulta que si la electricidad á alta tensión atraviesa los cuerpos dieléctricos, se produce un cambio en su disposición molecular, lento en los sólidos y rápido en los líquidos, sucediendo que las líneas de fuerza eléctrica son en unos casos líneas de contracción y en otros líneas de extensión.

Entre los numerosos descubrimientos debidos á sir William Grove en la ciencia física, el primero y no ménos importante es el de la pila que lleva su nombre: aún hoy día es la más enérgica de todas las disposiciones voltáicas; pero con una pila de Grove de 50 y aún de 100 elementos, la chispa no atraviesa una capa apreciable de aire frío. Empleando un número considerable de elementos aislados con cuidado y cargados con agua, M. Gassiot ha logrado obtener una chispa pequeña que atraviesa el aire; y últimamente, MM. de la Bue y Müller han construido una gran pila de cloruro de

sultado de estas observaciones coincidiría con el que deduce este autor; si bien, á juzgar por los pocos datos de que podemos disponer, nos inclinamos á creer que los resultados obtenidos en el Observatorio de Armagh, y presentados como generales, serán exclusivamente peculiares de aquel punto y variarán con las localidades.—N. del T.

plata que da chispas que pueden atravesar libremente el aire frío; y cuando se interpone en el circuito una columna de agua pura, las chispas se parecen exactamente á las de la máquina eléctrica ordinaria. La longitud de la chispa aumenta próximamente como el cuadrado del número de elementos: háse calculado que con 100.000 elementos de esta pila la descarga atravesaría en el aire una distancia de ocho piés por lo ménos.

Respecto á la luz, es preciso considerar un rayo de sol como un agente de superior potencia; las investigaciones de Newton sobre este agente constituyen en la historia de la ciencia experimental una época cuya importancia es casi igual á la de la historia de la astronomía física á que se refiere el descubrimiento de la ley de la gravitación. Tres acciones caracterizan el rayo solar, y también, en más ó ménos, todo rayo de luz; la acción calorífica, la fisiológica y la química. En el rayo solar ordinario podemos modificar la cantidad relativa de estas acciones haciéndole atravesar varios medios, y obtendremos así rayos luminosos que poseen poca acción calorífica ó poca acción química. En el caso de los rayos de la luna, lord Rosse tuvo necesidad de desplegar una gran habilidad, aun contando con los recursos del Observatorio de Parsonstown, para estudiar sus propiedades caloríficas; necesitó toda esa habilidad para demostrar que la superficie de la luna que mira á la tierra pasa, durante cada lunación, por una serie de temperaturas mayores que la diferencia entre el punto de la congelación y el de ebullición del agua.

Pero si en lugar de tomar un rayo de luz ordinaria, la descomponemos, como hizo Newton, por medio del prisma, y aislamos una línea muy fina del espectro, una línea teórica, si fuera posible; en una palabra, si tomamos un rayo de una refrangibilidad bien definida, nos será imposible alterar sus propiedades, sea cualquiera el medio que empleemos. Dándose cuenta de la verdad de este principio, llegó Stokes á su gran descubrimiento de la causa de la dispersión epipólica; demostró también que muchos cuerpos tienen la propiedad de absorber los rayos oscuros de alta refrangibilidad y cambiarlos en rayos de refrangibilidad más débil, es decir, de absorber los rayos calorífico-oscuros y devolverlos en estado de calorífico-luminosos. Difícil es decir en cada caso particular si un efecto dado es producido por la acción calorífica ó luminosa; numerosas discusiones han tenido por objeto decidir cuál de las dos fuerzas debe considerarse como el agente eficaz de donde resulta el movimiento en los tenues discos del radiómetro de Crookes. La respuesta á estas cuestiones depende de los mismos principios que los que se refieren á la impresión de la imagen en la placa

daguerreotípica; depende también de los principios de que resulta la descomposición de ácido carbónico por las hojas de las plantas: se trata de saber si estos fenómenos son debidos al calor ó á la luz, y aplicando estos principios á las experiencias hechas con el radiómetro, parece que hay pruebas que conducen á la idea de que la repulsión de las caras ennegrecidas de los discos es debida á una reacción termal que se verifica en un medio muy enrarecido. Las notables repulsiones que con este aparato se han observado en el vacío más perfecto que hasta ahora ha podido obtenerse, son interesantes, no sólo porque han conducido á la construcción de un aparato curioso, sino porque, después de un estudio concienzudo y minucioso, suministrarán datos de gran valor para el estudio de la teoría de las acciones moleculares.

Una propiedad de la luz, descubierta hace poco tiempo por Mr. Willoughby, consiste en la facultad que posee de disminuir la resistencia eléctrica del selenio. Se supone que esta propiedad corresponde especialmente á los rayos situados al lado del rojo en el espectro y que no existe en los rayos violetados ó más refrangibles, ni en los rayos de calor débil refrangibilidad. Las experiencias recientes del profesor W. G. Adams han confirmado plenamente la exactitud de una observación notable hecha por lord Rosse, á saber: que la acción parece variar inversamente con la distancia del foco luminoso.

Hay una gran dificultad en establecer una línea de separación distinta entre las ciencias físicas y químicas, y puede con razón dudarse si esa división es real ó si es tan sólo imaginaria. Efectivamente, un químico no puede hacer progreso alguno sensible sin tener en cuenta los principios físicos. A Boyle, Dalton, Gay-Lussac y Graham se debe el descubrimiento de las leyes mecánicas que rigen las propiedades de los gases y de los vapores. Algunas de estas leyes han sido recientemente objeto de estudios que han confirmado plenamente su exactitud en el caso de que el cuerpo sometido al examen se aproximase al estado que con razón se llama estado gaseoso ideal. Pero cuando los gases se hallan en diversas condiciones de presión y de temperatura, se ha encontrado que las leyes á que nos referimos no son sino casos particulares de leyes más generales, y que las leyes del estado gaseoso, tal como se encuentra en la naturaleza, aunque pueden enunciarse de una manera precisa y definida, difieren mucho de las expresiones simples que se aplican al estado gaseoso ideal. Estas nuevas leyes son á su vez inaplicables cuando pasamos del estado gaseoso, propiamente dicho, á las condiciones intermediarias que unen de una manera continua los estados gaseoso y líquido. Cuando estos gases se aproximan al estado líquido, y cuando llegan ya á él, el pro-

blema se complica; pero su solución, al menos así debe esperarse, cederá á los poderosos medios de investigación que se poseen en la actualidad.

En el número de los estudios más importantes hechos últimamente en el campo de la química-física pueden mencionarse los de Weber sobre el calor específico del carbono y de los compuestos que engendra; los de Berthelot sobre la termo-química; los de Bunsen sobre el análisis del espectro; los de Wullner sobre las bandas y las rayas de los espectros de los gases, y los de Guthrie sobre los criohidratos.

La química cósmica es una ciencia que data de ayer, y abunda ya en hechos de grande interés. El hidrógeno, á quien, si no lo impide el cero absoluto de calor, podemos esperar ver bien pronto bajo forma metálica, se encuentra en todas partes en el universo. Existe en gran cantidad en la atmósfera solar; ha sido descubierto en la atmósfera de las estrellas fijas; se encuentra en esas inmensas capas de gas inflamado de que están formadas las nebulosas, y aún puede decirse que es el único elemento cuya presencia en aquellos astros está comprobada. El ázoe existe también en gran cantidad en los cuerpos celestes, y el carbono ha sido descubierto en más de un cometa. Por otro lado, no ha podido asimilarse á ninguno de los elementos conocidos el que produce una línea proeminente vista en el espectro de la aurora boreal; esto da margen á la siguiente cuestión: ¿existe un nuevo elemento en estado de gran rarefacción en las regiones más elevadas de nuestra atmósfera, ó debemos con Angstroem atribuir esta raya á la luz fluorescente ó fosforescente producida por la descarga eléctrica, causa de la aurora? Para resolver esta cuestión preciso es esperar á nuevas observaciones, así como para determinar el origen de la notable raya verde que se revela siempre en la corona solar.

No me extenderé más sobre este asunto, y no citaré los demás elementos terrestres que se encuentran en las atmósferas solar y estelares. Diré sólo, en resumen, que entre los numerosos elementos que componen los aerolitos ordinarios no se ha descubierto ninguno que no se encuentre en el globo terrestre, lo cual nos lleva á esta importante conclusión: que este vasto universo está esencialmente compuesto de las mismas materias que el globo que habitamos.

Los trabajos del distinguido general italiano Menabrea sobre la determinación de las presiones y las tensiones en un sistema elástico en equilibrio, es demasiado serio y profundo para discutido á la ligera en un discurso; pero el principio que desarrolla puede reasumirse del modo siguiente: «Cuando un sistema elástico se pone en equilibrio bajo la acción de fuerzas exteriores, el trabajo desarrollado

por estas últimas es un mínimum. El general Menabrea se recomienda también bajo otro punto de vista. Era el amigo íntimo de Babbage, y éste le confió el encargo de hacer conocer al mundo los principios de su máquina analítica. Esta máquina es una concepción gigantesca, y se sabe que Babbage se ocupaba especialmente de llevarla á buen fin en los últimos años de su vida. Los últimos perfeccionamientos hechos en este orden de concepción consisten en el *integrador* mecánico del profesor J. Thomson, instrumento en que el movimiento transmitido según un nuevo principio de cinemática, pasa de un disco ó cono á un cilindro por medio de una esfera libre, y también en la máquina de sir William Thomson, destinado á la integración mecánica de las ecuaciones diferenciales de segundo orden. Por último, sir William Thomson ha enriquecido su hermosa máquina para el registro de las mareas, con un instrumento por medio del cual puede predecirse exactamente para todas las horas del día y de la noche la altura de las mareas en un puerto dado.

Siemens, de quien ya anteriormente nos hemos ocupado, ha presentado un instrumento de gran delicadeza, que puede servir para la medida de las atracciones horizontales, del cual se propone valerse para registrar las influencias atractivas del sol y de la luna, de las cuales dependen las mareas.

En la aplicación de la ciencia á los usos comunes de la vida, la química y la mecánica han rivalizado con éxito. En el valle de Clyde es donde la principal industria de Inglaterra ha recibido un impulso extraordinario desde la aplicación por Neilson del aire caliente á la fusión del hierro. El procedimiento de Bessemer para el acero, y el horno regenerador de Siemens son las más recientes aplicaciones de los grandes principios científicos á la industria. Pero aún hay mucho por hacer. El combustible consumido en la fabricación del hierro, ó mejor en todos los hornos en que se consume carbon, excede en mucho á la cifra teórica; las nubes de humo que se desprenden de las chimeneas de las fábricas son una prueba evidente de la pérdida de combustible, y, sin embargo, no es ese el mayor mal. En los centros manufactureros, esas inmensas columnas de humo producen una atmósfera cuya influencia deletérea sobre las clases obreras no puede nunca encarecerse demasiado. Su semblante pálido, casi ahilado, si así puede decirse, es la consecuencia de la falta de la influencia vivificadora de los rayos solares, tan necesaria para mantener una buena salud. El químico puede darse cuenta de este estado de la atmósfera, por la falta en el aire de estos centros industriales, y aún de las grandes ciudades, del ozono, esa forma del oxígeno que le hace activo. Día llegará en que sean coronados de

éxito los esfuerzos que la ciencia hace para llegar á obtener oxígeno á poco precio para las necesidades de la industria. El resultado de este descubrimiento será reducir el consumo del combustible á una fracción de lo que es hoy; y aunque quede en la atmósfera el ácido carbónico que produce la combustión, desaparecerán el humo y el oxígeno de carbono. Pero no está aún á nuestro alcance proveernos abundantemente de oxígeno; y en el ínterin me atrevo á decir que en muchas localidades los productos de la combustión que ahora se pierden podrían ser llevados lejos de los sitios en que se despliega la actividad de las colmenas humanas por medio de conductos horizontales de grandes dimensiones terminados en elevadas chimeneas situadas en lo alto de las montañas ó en el centro de las llanuras. Tiempo hace ya que estaba en uso un sistema de este género en las minas de mercurio de Idria y en otros talleres de fundición de los cuales se desprenden vapores perjudiciales. Adoptando algunas precauciones, el humo se depositaría completamente en las galerías horizontales en estado de hollín, y tendría aplicación á los usos agrícolas.

En adelante, cuando haya de escribirse la historia de la química orgánica, podrán enumerarse una serie de benéficos triunfos en que los esfuerzos de la ciencia han conducido á resultados de gran valor para el desarrollo de nuestro bienestar. No hay descubrimiento moderno, exceptuando el de la vacuna, que haya salvado más existencias que la química, y el que llegue á descubrir un método de preparación artificial de esta sustancia, será uno de los bienhechores de la humanidad. Pero puede apreciarse casi en igual grado la plantación en la falda del Himalaya de árboles de quina, feliz concepción del gobierno inglés en la India.

Los métodos artificiales que sucesivamente se descubren para la aplicación de las materias aplicables á los tintes, introducen en la industria perturbaciones momentáneas; pero en último resultado, los productos del arte dejan libres grandes extensiones de terreno, y contribuyen, por consiguiente, á nuestra manutención.

Los destrozos causados por los insectos han sido en todo tiempo el terror de los agricultores, y son incalculables los perjuicios que han ocasionado. Un enemigo de esta clase ha venido de los Estados Unidos, y hace ya algún tiempo que amenaza destruir los más hermosos distritos vinícolas. Un químico célebre, M. Dumas, fijó su atención en este riesgo, y en una Memoria clásica, publicada recientemente, expuso el modo de resolver esta cuestión. Su método, aunque especialmente destinado al phyloxera de la viña, puede aplicarse á otros muchos casos. En el estado aptero, el phyloxera ataca las raíces de las plantas; y hasta el presente no

se conocía método más eficaz que procurar la destrucción del insecto por la inundación de las cepas. Después de largas y minuciosas investigaciones, M. Dumas ha descubierto que el sulfo-carbonato de potasa en disolución es un insecticida eficaz que destruye los insectos sin dañar las plantas. El procedimiento exige tiempo y paciencia; pero los ensayos hechos en los viñedos han confirmado las experiencias del laboratorio.

El uso del hielo artificial toma cada día mayor incremento: la máquina perfeccionada para obtenerlo producirá inmensos servicios para proveernos de alimentos y carnes que nos suministren países lejanos. Ha sido ya aplicada esta máquina en diversas industrias, y ya en el día se pone la carne hecha trozos en grandes cámaras, en las que durante el verano se conserva constantemente una baja temperatura á favor de una capa exterior de hielo de bastante espesor (1).

THOMAS ANDREWS.

LA RELIGION LAICA.

UNA NUEVA «REVISTA DE REGENERACION SOCIAL»
DIRIGIDA POR C. FAUVETY.

X.

LA FE NUEVA.

— El objeto de la vida es la perfección; depende de nosotros alcanzarla. Esta convicción es lo que llamamos *la fe nueva*.

— La fe nueva no se impone por ninguna autoridad exterior á la conciencia. No invoca ninguna revelación sobrehumana, ningún prodigio, ningún milagro. Nace libremente del espíritu de cada cual, ilustrado por la ciencia, y está sometida al contraste de la razón, que jamás debe abdicar sus derechos.

— El ideal de perfección que damos como objeto á la vida, á toda vida, está de acuerdo con ese gran hecho de la evolución que nos muestra la elección, elevándose por la diversas series de clases, de géneros, de especies, desde las formas más elementales á las más ricas y complejas, hasta llegar á la organización humana, tipo definitivo y relativamente perfecto, en el cual la naturaleza, después de realizar el círculo de sus evoluciones, se posee y se co-

(1) No terminan aquí los adelantos hechos en las ciencias y las aplicaciones de ellas á la industria; pero el orador da por terminado su trabajo, lamentando no haber podido ocuparse de lo relativo á la química pura y de otros trabajos últimamente publicados en Alemania; y aunque aún continúa su discurso, sólo se refiere ya á cuestiones locales.

Véase el número anterior, página 649.

noce en su síntesis terrestre. Allí comienza un nuevo reino. La Vida unida á la Razon engendra la libertad. Nace el mundo meral, siguiendo al desarrollo fatal del orden natural, el progreso libre, voluntario y consciente del orden social.

Afirmar que el destino del hombre es llegar á la perfeccion, equivale á suprimir la muerte, como destruccion del sér; es mostrar el alma inmortal, elevándose progresivamente á través de sus vidas sucesivas hácia el tipo eterno de toda perfeccion.

Esta creencia nos hace amar la vida y no temer la muerte, enseñándonos que el sér no desaparece á nuestros ojos en la hora de la muerte, sino porque los órganos materiales que le servian de instrumento de relaciones con el medio terrestre han cesado en sus funciones; pero que nada de lo que existe puede ser aniquilado, y que esta síntesis de la vida que tantas síntesis anteriores han preparado, esta alma humana donde la Razon divina ha encarnado, conserva su propio dinamismo más allá de la tumba, permaneciendo siempre idéntica á sí misma, consciente de su personalidad, y enriquecida con todas las luces, con todas las fuerzas, con todas las virtudes que ha adquirido durante su trayectoria terrestre. Esas son las «riquezas que no perecen,» formando nuestra herencia celeste, y constituyendo nuestro capital disponible en la vida futura.

Señalando como objeto de la vida la perfeccion, esa plenitud que consiste en sentirse vivir en todo lo que es, por y para todo lo que es, consideramos al hombre social como *autónomicamente* perfectible, y afirmamos que el progreso es la ley de su sér, con libertad de cumplir esa ley ó de violarla.

Nuestra religion tiene por objeto, sobre todo, hacerle amar y comprender esa ley; pero nuestro lazo religioso no puede abrazar, no puede unir más que á quienes *quieren* trabajar para cumplirla.

Fundamos, pues, nuestra obra de regeneracion social y de unidad religiosa sobre la idea moral de un progreso, á la vez personal y colectivo, y sobre la intencion de trabajar en el cumplimiento de ese progreso, siempre relativo, pero continuo, pero incesante.

Por lo tanto, nada de interdiccion en nombre de la fe, ni áun en nombre de la ciencia. Nada de Iglesia cerrada y nada de ortodoxia. Una sola condicion: la voluntad de perfeccionarse, de marchar juntos hácia lo mejor, no excluyendo de nuestra alianza más que aquellos que se excluyen por sí mismos, *renunciando á la obra* que esa alianza tiene por objeto realizar.

Esto envuelve ciertamente una profunda revolucion moral.

A las engañosas é interesadas promesas de una beatitud celeste, contra la cual todo protesta en el

mundo; á los impotentes y ridículos temores de un infierno eterno, incompatible con la idea que nos hemos formado de la bondad divina,—temores y promesas que, por lo demas, no han sobrevivido á las edades de fe y de infancia de la humanidad;—á esas quimeras teológicas, lo mismo que á ese materialismo contemporáneo que no deja al hombre otro culto que el del vellocino de oro, del lujo y de los goces desenfrenados, venimos á sustituir un *objetivo*: el ideal divino de toda perfeccion, Dios mismo considerado como el Sér elevado á su más alta potestad.

Acéptese este ideal, y la conciencia hallará en él su antorcha, y el espíritu humano, sabiendo á donde va, no tardará en emprender nueva senda que le lleve á descubrir regiones nuevas.

El camino de la perfeccion es el progreso. Entendemos por progreso *un aumento de ser*, ó más exactamente el engrandecimiento de la persona humana por la voluntad, el cambio y el trabajo. Considerado así *el fin* del progreso, su *objetivo* no puede ser más que la existencia en su plenitud y en armonía con todo lo que es.

Tal es el atributo del Absoluto divino.

Por su parte el hombre, sér relativo, se *diviniza* progresivamente, marchando en la armonía hácia la plenitud de la existencia.

Comprender así la perfeccion y hacer de ella el objeto de la vida, es mostrar el progreso en una potencia de ser siempre progresiva; es incitar al alma humana á ensanchar más y más la esfera de su actividad, de su saber y de su amor; es al mismo tiempo proponerle un *fin* completamente contrario al del ascetismo, de la contemplacion, de la maceracion y de todas las doctrinas que tienden, por una disminucion de potencia ó una privacion de ser, á la extincion, á la cesacion de la vida, sea por la absorcion de la persona en el todo, sea por la inmovilizacion del alma en la beatitud celeste ó en la estéril vacuidad de un *Nirvana* cualquiera.

Rechazamos esas doctrinas mortíferas, basadas sobre una falsa concepcion del mundo y de la vida. Viendo en toda forma material, en todo cuerpo viviente, una manifestacion del pensamiento divino, no podemos admitir ningun antagonismo entre el espíritu y la materia. Si la idea es pura, ¿cómo no había de serlo la expresion? La naturaleza para nosotros es santa, porque es el esplendor de Dios y no hacemos más que imitar á Dios cuando pedimos al cuerpo, mantenido en la salud y la armonía, que exprese la pureza del pensamiento y la belleza del alma.

Pero es preciso comprender tambien que el hombre social no puede progresar sin recibir y sin dar; es preciso que la ley de solidaridad intervenga sin cesar, para generalizar el progreso y extender á

toda la sociedad las conquistas, las adquisiciones, los aumentos de ser de cada uno de sus miembros, en conformidad con el gran principio: TODOS PARA CADA UNO; CADA UNO PARA TODOS.

Hé aquí en resúmen el espíritu de nuestra doctrina, el objetivo principal de nuestra enseñanza: «Hacer que el INDIVIDUO, y, con él, la SOCIEDAD civilizada, y, por esta, la HUMANIDAD entera, se eleve incansablemente á mayor altura, y vaya así UNIVERSALIZÁNDOSE más y más, sin perder nada de su PERSONALIDAD.»

XI.

¿DE DÓNDE VENIMOS?

1. Como toda especie, la especie humana es el producto de un pensamiento divino, que se realiza en un medio material, individualizándose en formas que le son propias. El individuo lleva en sí el tipo de su especie y puede, á condicion de ser macho y hembra, perpetuar, bajo las influencias del medio, la idea divina que su especie representa.

2. Toda especie tiene su funcion en la creacion, y conserva su lugar en la escala de los seres mientras constituye un grado necesario á la vida para ascender, ó mientras es útil á la armonia del conjunto.

3. El hombre, coronamiento de la creacion terrestre, procede, físicamente, de los más bajos grados de la escala seriaría de los seres, y todos los que han venido ántes de él á la tierra han contribuido á construirle su forma corporal y á preparar su habitacion.

¿QUÉ SOMOS?

4. Nacido de un pensamiento divino, depositado en estado de germen en el seno de la naturaleza terrestre donde se ha desarrollado, merced al concurso de todas las fuerzas y de todos los seres pre-existentes, el hombre ha salido de la animalidad, y despues de un tiempo de infancia, que ciertas razas nunca traspasaron, ha llegado á poseerse en su razon y en su libertad.

5. Sér autónomo, razonable y consciente, se da cuenta de su mision. Al tomar posesion de su dominio terrestre, establece relaciones sociales con sus semejantes, forma lazos religiosos con todo lo que es, y funda la vida moral.

6. Capaz de distinguir el bien del mal, lo justo de lo injusto, poniendo su razon en relacion con la razon divina, puede mantenerse conscientemente en la armonia universal, y volver á entrar en ella si ha salido voluntariamente ó por ignorancia. Es libre.

7. Esencialmente perceptible, lo que no había sido hasta él más que un desarrollo puramente orgánico, como el de todo sér viviente que crece con ayuda del medio donde se haya implantado, se convierte en un movimiento libre, voluntario y reflexi-

vo hácia lo mejor; esto es, el *Progreso*. El animal se desarrolla. El hombre progresa y se crea de nuevo.

¿Á DÓNDE VAMOS?

8. Antes del hombre social, todo lo que existía en la tierra gravitaba inconscientemente con el planeta hácia el sol, fuente de luz y de vida física. Con el sér dotado de conciencia y de razon, todo gravita también, sobre nuestro globo, alrededor del foco cósmico de la existencia terrestre; pero todo gravita además, con el espíritu humano, hácia Dios, fuente de luz espiritual y de vida moral; porque marchando hácia la perfeccion suprema, el hombre, en armonia con sus semejantes y con la naturaleza, arrastra tras sí todo lo material terrestre.

9. Desde ese momento, la persona humana ha conquistado la inmortalidad. La muerte está vencida. No es más que una trasformacion necesaria y una fase de la vida progresiva. La destruccion nada puede contra el espíritu de Dios incarnado en la humanidad — y que se posee en cada uno de sus miembros.

Llegada á este punto el alma humana, cada vez que su cuerpo terrestre la abandona, halla, más allá de la tumba, con el recuerdo de sus existencias anteriores, de lo que las religiones han hecho el *Infierno* y el *Paraiso*, — el cuerpo espiritual que ella se ha preparado con sus pensamientos y sus obras; y como todos los hombres son llamados á realizar, por sus propios esfuerzos y con la ayuda de todos, sus divinos destinos, puede decirse que cada hombre, uniéndose religiosamente á todo lo que es y universalizándose así más y más, sin perder jamás su identidad, se elevará al estado de *Cristo* ó de *Budha* y será uno con Dios.

Tal es el ideal religioso por excelencia.

Tal fué, por lo demas, á nuestro entender, el ideal cristiano del Evangelio, que se encuentra personificado en Jesus (1). Ese ideal no está detrás de nosotros, está delante; por eso importa sobre todo enseñar al mundo que semejante destino no es el privilegio de uno solo. No hay un miembro de la humanidad, *un hijo del hombre*, que no pueda realizarlo regenerándose él mismo y mostrándose digno de ser llamado HIJO DE DIOS.

XII.

PROFESION MORAL.

Afirmo el DERECHO;

Confieso el DEBER;

Quiero la JUSTICIA y la FRATERNIDAD HUMANA;

Creo en la SOLIDARIDAD UNIVERSAL;

Aspiro á la PERFECCION.

(1) Y tal fué también sin duda en su origen, el ideal búdhico personificado en el Budha *Szkyz-Muni*.

Y en Cristina ántes que en Cristo; y en Budha. — T. S.

DERECHO. Dotado de conciencia y de razon, por consecuencia responsable de tus actos, tienes el derecho y el deber de gobernarte á tí mismo en todas las esferas de tu actividad. Mantén tu derecho mientras no áte al derecho de otro.—Respétate á fin de que los demas te respeten.—Cultiva tus facultades, desarrolla tus fuerzas, cuida tu salud, evita toda mancha, aprende á defender tu existencia y á proteger tu libertad. Ama la vida que has recibido, porque si no depende siempre de tí el ser dichoso, de tí depende el ser útil á los demas y bueno para tu mejoramiento.—No temas á la muerte, que no es más que una renovacion de las fuerzas y una evolucion necesaria al progreso y al engrandecimiento de los séres.

DEBER. No olvides que desconocer su deber, es comprometer su derecho, porque el deber y el derecho son correlativos y no se afirman el uno sin el otro.—Sométete á la ley, fuente de la igualdad social, y rechaza todo privilegio, aun cuando sea en tu beneficio.—Respeta tus promesas; cultiva la verdad; no retengas jamás lo que pertenece á otro.—Devuelve á tus padres todo lo que de ellos has recibido; hónrales con tu conducta cotidiana, y que tu respeto esté siempre á la altura de su ternura.—Trasmite tus bienes á tus hijos, si de ello no se han mostrado indignos, pero no los sacrifiques al interes social.—Abstente de la ociosidad como de un robo.—Si atesoras riquezas, piensa en lo que han costado, y mirándote como simple depositario, haz que sirvan para fecundar el trabajo, para aliviar la desgracia, para extinguir la miseria.

JUSTICIA. Practica la justicia, no sólo no haciendo á los demas lo que contigo no quisieras que hicieran, sino tomando la iniciativa del bien, y luchando contra la iniquidad, donde quiera que la halles.—No condenes jamás sin apelacion y sin dejar una puerta abierta á la reparacion, al arrepentimiento y á la rehabilitacion. El sentimiento religioso es incompatible con el infierno eterno, y la conciencia de la humanidad regenerada por el amor del prójimo no admite pena sin remision.

FRATERNIDAD HUMANA. Trata á tu prójimo como á tí mismo.—Perdona las injurias y hasta devuelve bien por mal, siempre que la conservacion de tu dignidad personal te lo permita.—Sirve fielmente á tu patria y hállate siempre dispuesto á morir por ella; pero no te separes jamás, en tu corazon, de esa gran patria que tiene por nombre: la Humanidad.—No te separes voluntariamente de la sociedad de los hombres; no te aisles de tus hermanos, y no los aisles á ellos. No hay progreso para el hombre sólo.—Acuérdate de que todos los bienes que go-

zas, los debes á las luchas sostenidas, á los sufrimientos soportados, á través de tantos siglos, por las generaciones que te han precedido; piensa que asociando tus esfuerzos á los de tus contemporáneos, prepararás una suerte mejor á los que te sucedan.—Créate con tiempo, por medio del matrimonio, una esfera familiar de la que estén desterrados el egoismo, que es el mayor de todos los vicios, la envidia, el juego, la pereza, la cólera, la disipacion, la intemperancia, el disimulo y la mentira.—Esposos, no esteis unidos solamente por la carne; procurad estarlo tambien por el espiritu y el corazon, como si fuérais una sola alma. Hacedos dignos siempre de la mutua estimacion, y no tengais jamás que sonrojaros ante vuestros hijos.

SOLIDARIDAD UNIVERSAL.—En tus esfuerzos hacia lo mejor, aspira á todo lo que está arriba y tiende la mano á todo lo que está debajo.—Sé dulce y compasivo respecto á los animales, porque son sensibles como tú.—Sé caritativo y benévolo para todos los sufrimientos.—En tus placeres no goces de aquellos que hagan llorar á alguien.—Ama la naturaleza, respeta sus leyes y no mandes sino obedeciendo á ellas.—No olvides jamás que, si la tierra ha sido dada á los hombres, es para que todos ellos tengan lugar en el banquete de la vida; y que hallando en ella su parte de luz y de libertad, gracias á la instruccion á que todos tienen igualmente derecho y al trabajo de cada dia que es igualmente deber de todos, harán reinar el orden, la paz, la equidad y la armonía. Realizando así *el reinado de Dios* sobre nuestro dominio terrestre, es como podremos llamarnos los colaboradores de la obra divina, y como nos será dado elevarnos progresivamente hácia el Sér perfecto, del que cada uno de nosotros lleva en sí el inagotable Ideal.

¡Bendita sea la humanidad en su pasado, en su presente, en su porvenir!

¡Bendito sea todo lo que vive encima y debajo de nosotros, en la perpetua comunion de los séres!

¡Bendito sea Dios, Padre celeste, Unidad suprema, Ley viviente, Razon consciente del universo, Fuente de toda vida, de todo amor, de toda luz y de toda perfeccion!

XIII.

Tal es, en concreto, el pensamiento que Mr. Charles Fauvety se propone desarrollar y propagar, con la colaboracion de algunos hombres de buena voluntad (1), en su *Organo de Regeneracion social*, para cuya obra llama á todos los espíritus que no

(1) H. Chavée, Krolikowski, Berrier-Fontaine, Eug. Bonnemère, Louis Guyot, E. Barré, E. Thicundiére, Farine, Butler de Bouteillier, L. A. Detré y Eugene Garcin forman el comité de redaccion y propaganda de *La Religion Laïque*.

puéden ver impasibles el lamentable estado presente de los pueblos civilizados.

Ese estado es consecuencia del decaimiento de las ideas morales, debido á su vez á la falta y perversion del sentimiento religioso, que sólo puede levantarse en los pueblos, levantando la conciencia individual por medio de la instrucción, y como dice Fauvety, enseñando á los hombres á perfeccionarse, mejorarse, desenvolverse bajo el triple punto de vista físico, intelectual y moral, que es corregirse de sus defectos, de sus vicios; agrandar sus facultades, sus potencias por medio del trabajo, el estudio, la práctica del bien, y marchar así hácia la armonía en la plenitud de la existencia, ó sea la perfección.

Con la Razon y la Ciencia como guías, respetando el órden social y colocando en Dios el ideal de toda perfección, es preciso combatir contra la ignorancia y el escepticismo para salvar á las sociedades del inminente cataclismo que las amenaza.

Vulgarizar la filosofía; desvincular las religiones de manos del clericalismo; presentar á la humanidad la fe nueva, basada en una concepción superior de la vida, y mostrarla un ideal, que de nuestros esfuerzos pende exclusivamente alcanzarlo: tales son los medios propuestos por el pensador francés para preparar la era nueva, para entrar de lleno en la edad de razon cuya hora ha sonado en el reloj del tiempo.

No discuto esos medios; límitome á exponerlos, puesto que concuerdan con los que afirma mi escuela; pero sí desèo llamar la atención sobre ellos y sobre la Profesion moral que sintetiza en el terreno práctico ó social sus consecuencias.

El concepto que ella nos da del derecho, del deber, de la justicia y la fraternidad humana y de la solidaridad universal, son la mejor garantía de la bondad de la idea, aceptada ya, y ántes de ahora, por los más profundos pensadores contemporáneos.

Convencidos todos los que no discurren á expensas de la preocupacion ó de intereses mal entendidos; convencidos de que el problema de nuestra regeneracion social, que es el problema religioso, no puede ser resuelto ni por los gobiernos ni por las religiones positivas, sino que ha de ser la obra de la filosofía, en Francia como en Alemania, en Inglaterra como en los Estados-Unidos y en otras naciones cultas, levántanse poderosas voces, habla el filósofo, canta el poeta, discurre el libro y propaga el periódico la idea nueva en donde ha de modelarse el régimen social, partiendo del principio religioso que se cimentará sobre la tradicional creencia, pero teniendo en cuenta que no se destruye más que lo que se reemplaza, y sólo se reemplaza lo que ha muerto ó no tiene ya razon de ser.

Pero la necesidad de una regeneracion en ningun

país se deja sentir como en España, porque ningun país culto conserva á tan bajo nivel el sentido religioso, que en otros pueblos fué vivificado á tiempo por el espíritu de la Reforma, ya ineficaz hoy para operar un renacimiento. La aurora de un nuevo día aquí no se vislumbra. Vacía la cátedra de filosofía, muda la tribuna, sin lectores el libro, y la prensa consagrada casi únicamente á la cuestion política del momento, ¿cómo extrañar que nuestras señales de vitalidad sean la fratricida lucha en nombre y como sarcasmo de la religion, la estéril peregrinacion á Roma, y, en fin, los bufos, el charlatanismo y la usura que en el corazón de la Península se muestran como aterradoras pruebas de la decadencia y postracion del país, fotografiado en el asombroso éxito de Arderius, el doctor Garrido y doña Baldomera?

Tal es nuestra situacion, descrita con vigorosos detalles y exactitud de apreciacion en un reciente artículo de *El Imparcial* (1).

Fatal consecuencia de la ignorancia y la inmoralidad es el estado actual del pueblo de pan y toros. Cumple efectivamente á todos los que se interesen por el bien público inaugurar una cruzada contra la ignorancia y aunar fuerzas; pero más que oír la voz de la patria es preciso oír la voz de la Razon, y sobre ella renovar los ideales; que si ha de sonar la hora regeneradora, si esta España decaída ha de levantarse de la postracion presente, indispensable es que comience por levantar su ideal religioso dentro de la concepción superior contenida en los principios desarrollados en esta exposicion de la *Religion laica*.

EL VIZCONDE DE TORRES-SOLANOT.

LOS IDIOMAS DE LA AMÉRICA LATINA.*

REYES (Fr. Antonio de los Reyes). Fué monje dominico, que vivió en Nueva-España á mediados del siglo XVI.

Ejerció entre los indios mixtecas el apostolado por espacio de algunos años, aplicándose al estudio de aquella lengua, en la cual compuso é imprimió el *Arte de la lengua mixteca*. Y añade el cronista Dávila que «adicionada con algunas observaciones curiosas para entender la cuenta de los años y tener luz en la historia de aquellos indios.»

Otro autor añade que dicho Arte ó gramática es bastante buena en cuanto á la claridad y método.

(1) «Indolencias sociales», *El Imparcial* del 4 de Noviembre de 1876.

* Véanse los números 140, 141 y 142, págs. 572, 603 y 635.

Es del misionero P. Reyes la observación siguiente que interesa á las ciencias físicas:

«Cerca del pueblo de Tomaçulapo, en la provincia de Mixteca, existe una fuente bastante abundante de aguas de tal calidad que el madero que se sumerge en ellas algun tiempo se queda convertido en piedra.»

Se ignora dónde finalizó sus días este misionero.

A propósito de lo dicho, no está demás advertir que los indios del seno mejicano ya habían notado el fenómeno de la petrificación.

Derivado de la palabra *teti*, que equivale á piedra, decían los indigenas *teti*, esto es, *se convierte en piedra*, se endurece como piedra.

RENGEL (Alonso de Rengel). Vió la luz en Galicia en un pueblo de las cercanías de Santiago.

En esa ciudad tomó el hábito de religioso franciscano, y fué como misionero al Nuevo-Mundo en el año de 1529.

Dice Torquemada en su *Monarquía indiana* que aprendió en breve tiempo las dos más extendidas lenguas del país: la mexicana y la otomí, y añade *las puso en Arte*, particularmente la mexicana, de la que hizo un *Arte muy perfecto*, y en la misma compuso *Sermones muy buenos*. «En la otomí, refiere el dicho Torquemada, fué el primero que la llegó á aprender bien.»

El P. Rengel, quinto provincial de los de orden en la provincia de Méjico, era muy estimado en todos aquellos países por su carácter bondadoso.

Murió en Nueva-España alcanzando una edad avanzada.

Un cronista del final del siglo XVI, refiriéndose á los trabajos de este autor, y especialmente á los de Ximenez, Olmos, Motolinia y otros, dice:

«Esto deben, entre otras cosas, á la orden de San Francisco los que despues acá aprendieron la lengua mexicana; que de aquel santo hábito han salido los que imprimieron *Artes*, *Vocabularios* y otros libros que han sido luz y principio de lo que despues acá se ha perfeccionado.»

Y yo debo hacer notar que no sólo en aquellas partes, sino en Guatemala, Paraguay y otras regiones fueron los franciscanos y no los jesuitas, como algunos suponen, los primeros en cultivar idiomas de los indigenas, escribiendo en ellos las obras más notables. A cada uno lo suyo.

GANTE (Fr. Pedro de Gante). Era flamenco y natural de Iguer. Hombre muy versado en letras, se impresionó al principio de la conquista de Nueva-España, y con deseo de emplearse en la conversión de los indios, profesó como lego en la orden de San Francisco, embarcándose para Veracruz á mediados del siglo XVI.

Aprendió muy luégo el idioma de los naturales y se dedicó á catequizar sin descanso.

Sumamente ingenioso, sabía porción de oficios, que enseñaba á los indios jóvenes por él convertidos.

Vistas sus singulares aptitudes, se le mandó que se ordenase de sacerdote, á lo que sólo por obediencia accedió.

Calumniado por los mismos frailes, fué desterrado á otra provincia; pero conocida su inocencia, volvió á la tierra de Méjico, donde gozaba de grande aprecio.

Compuso *Doctrina cristiana en mexicano*, que él mismo imprimió en Méjico.

Elegido obispo, renunció á esa dignidad; tal era su modestia.

Murió de edad avanzada.

RODRIGUEZ (Fr. Luis Rodriguez). Español, fraile franciscano y provincial de su orden en la provincia del Santo Evangelio de Méjico.

Llegó como misionero á mediados del siglo XVI.

Dedicóse á la conversión de los indios, recorriendo para ello diferentes estados, despues de estudiar el idioma con toda perfección. Antiguas crónicas le apellidan *gran lingüista mexicano*.

Compuso en dicha lengua el famoso *Libro de los Proverbios*. Empezó á traducir el *Kempis*, que dejó incompleto, y concluyó T. J. Bautista, de la misma orden.

El P. Rodriguez estaba reputado como uno de los más elocuentes literatos en el idioma de Méjico y como orador sagrado. Su libro de los Proverbios, que no he visto, conceptúase por los versados en dicha lengua como uno de los clásicos apreciables, asegurando algun autor ser una verdadera joya literaria.

Habiendo vuelto á la Península este distinguido misionero, murió en Madrid.

VILLALPANDO (Fr. Luis). Nació en la villa del mismo nombre, en Castilla la Vieja, en 1528.

Entró en la orden de franciscanos en el convento de Palencia, y fué á Méjico en clase de misionero en 1560. Permaneció en esa provincia algun tiempo, y despues marchó á la de Yucatan.

Allí se dedicó al conocimiento de esa lengua, y compuso el *Arte gramatical de la lengua yucateca* y *Vocabulario* de la misma, que enseñó á otros misioneros. Vertió al propio idioma el *Catecismo de la doctrina cristiana*, muy completo.

Murió en aquel país el año de 1598.

GILBERTI. (Fr. Maturino Gilberti). Era frances; estudió teología en la Universidad de Paris y lenguas hebreas, en que era muy perito.

Fraile franciscano, estuvo en los conventos de Méjico y Tlaxcalla: pasó á Mechoacan en clase de misionero, dedicándose al cultivo de aquel idioma; tenido como muy difícil para los europeos.

Compuso el *Arte gramatical de la lengua tarasca*

y *Vocabulario* de la misma, con equivalencia latina.

Trájelo al idioma tarasco la *Doctrina cristiana* y algunas *Oraciones*.

Oroz. (Pedro de Oroz). Fué natural de la ciudad de Pamplona, donde recibió la primera educación.

Ya mediado el siglo décimosexto, se embarcó para Méjico, donde ejerció el comercio algunos años.

Profesó después en la orden de franciscanos, y fué muy diligente en la catequización de los indios. Era reputado como perito en los idiomas mejicano y otomí, en los que dejó *escritos varios libros*, dice el autor de la *Monarquía indiana*. No hay otras noticias de esos trabajos.

RIVERA (Fr. Sebastian). Misionero franciscano.) Escribió en lengua otomí un libro para la administración de *Sacramentos*, y muchos *Sermones* en el propio idioma.

Era riojano, pero se ignora el pueblo de su naturaleza. Vivió en el siglo XVI; murió en Méjico.

MOTA (D. Domingo José de la Mota). Era indio mejicano, y había sido cacique de una tribu de aquel vireinato.

Convertido al cristianismo, fué convenientemente educado por algunos religiosos, é hizo progresos en su instrucción por estar dotado de singular viveza y talento natural, no ménos que del deseo de aprender.

Se dedicó al estudio de la lengua latina, moral y otras asignaturas.

Inclinado al sacerdocio, se ordenó, y fué nombrado cura párroco del pueblo de Tochmilco, distinguiéndose por su celo y caridad no ménos que por la elocuencia de sus pláticas religiosas.

Refiere el arzobispo Sr. Lorenzana que le ayudó mucho en la interpretación de los geroglíficos de los indígenas, que, como indio de calidad, conocía bien.

Compuso varias *Poesías mexicanas* sobre diversos motivos que ignoro si vieron la luz pública.

MIJANGOS (Fr. Juan). Este religioso franciscano está considerado como uno de los principales hablistas del idioma nahuatl, y se encuentra en tal concepto citado por varios autores que han escrito sobre la lengua mejicana.

Compuso y dió á luz un libro bajo el título de *Directorio espiritual* en mejicano y castellano, de relevante mérito literario, si hemos de estar á lo que de esa obra dice persona tan competente como el señor doctor Torres Cano, catedrático que fué de ese idioma en la Universidad de Méjico.

Está impreso en dicha ciudad.

Además de ese libro compuso varias otras cosas, entre ellas unas *Poesías místicas*, muy estimadas de los eruditos.

MENDIETA. En la ciudad de Vitoria, capital de la provincia de Alava, nació (no sabemos el año) Jerónimo de Mendieta, y en esa ciudad recibió la primera instrucción.

Jóven aún, tomó el hábito de franciscano en Bilbao, y en el mismo punto estudió teología, y obtuvo las órdenes sacerdotales. En el año de 1554 se embarcó para Nueva-España como misionero.

Estaba Mendieta reputado como un gran teólogo, al decir de un autor de aquellos tiempos.

Dice Torquemada que era un tanto tartamudo, pero en cambio muy elocuente en escribir; y cita como muestra de la elegancia de su estilo una carta á Fr. Francisco Gonzaga, ministro general de la orden seráfica de San Francisco, documento que copia el autor de la *Monarquía indiana*.

Refiere él mismo que fué celosísimo en la conversión de los indios.

Compuso y dió á la prensa un libro con el título de *Historia eclesiástica indiana*, y otros libros.

Entre estos es el que á mi propósito incumbe el que encuentro citado en el tantas veces dicho Torquemada, cuyo título es *Conversion de estas gentes indianas*.

Está en latin y mejicano, en cuyo idioma fué muy entendido, segun algunos autores.

Vivió en América cincuenta y cinco años, y murió el 9 de Marzo de 1604.

TAPIA (D. Carlos de Tapia y Centeno). Fué natural del vireinato de Méjico, hijo de padres españoles, que le educaron con esmero.

Estaba dotado de talento poco comun, y despues de las primeras letras se dedicó al estudio de la latinidad y de la filosofía, en que obtuvo el grado de bachiller. Se ocupó mucho de la investigación de las antigüedades.

Desde jóven aprendió con perfección el idioma mejicano, y habiéndosele nombrado cura párroco de Tampanolon, se aplicó al conocimiento de la lengua Guasteca ó huacteca, en que fué muy versado.

Trascurridos bastantes años en dicho curato, se le agració con la cátedra de idioma mejicano de la Universidad de aquella capital, y con la del mismo idioma en el Seminario Tridentino.

Escribió, y dió á la prensa, el *Arte novísimo de la lengua mexicana*, cuyo libro vió la luz en Méjico el año de 1753.

Dicha obra es muy apreciada por el buen método y claridad, acreditando las dotes de este español-americano.

Compuso tambien un *Arte gramatical de la lengua guasteca*, igualmente impreso en Méjico.

El Ilmo. Arzobispo Sr. Lorenzana dice que se valió de Tapia para descifrar muchos de los geroglíficos de los indios, de que él hace mencion en su

obra. Dice además que era de grande virtud y saber.

Compuso el *Vocabulario guazteca*.

VALERIANO (D. Antonio Valeriano). Era indio, nacido en *Azcaputzalco*.

Desde muy niño fué instruido en la religion cristiana, y luégo pasó á estudiar al colegio de Santa Cruz de Méjico, que se fundó hácia la parte de *Tenuchtitlan* por el vírey D. Antonio de Mendoza para la educacion de niños de familias indias, el cual estaba á cargo de los franciscanos, iniciadores del establecimiento.

Dice un cronista que Valeriano estaba dotado de singular talento y de excelentes dotes morales, asegurando asimismo que hizo progresos en el estudio de la lengua latina, en la lógica y en la filosofía.

Torquemada cuenta que Valeriano acabó de instruirle en la lengua mejicana, que fué este indio catedrático de latin en dicho colegio, y que tuvo aventajados discípulos, y añade:

«Cuando murió estaba yo presente, y entre otras cosas que me dió de sus trabajos, dignos de su saber, así en lengua latina como en versiones á la lengua mejicana, fué una el *Caton*, traducido en mejicano, cosa ciertamente muy de estimar, el cual (si á Dios place) se imprimirá en su nombre.»

Dice que tal era la estima en que tenían todos á Valeriano, que, sabedor el rey de sus talentos, prudencia y virtud, le escribió una carta muy agasajadora.

Antonio Valeriano murió en 1605.

No sabemos si se imprimió el *Caton en mejicano*.

Por último, los Sres. N. Rincon y P. Galdo son autores de *Gramáticas mejicanas*, que no he visto, pero que se hallan frecuentemente citadas en varios libros de ese idioma.

El reverendo P. Gutierrez Tanco y D. Antonio Vazquez Gaztelú son asimismo escritores mejicanos de grande mérito, sin que olvidemos al P. Fr. Martin de Leon, que, segun el doctor Torres Cano, es uno de los que más diestramente manejaron el idioma en sus obras.

Sobre estas producciones, que tantos otros encarecen además del citado doctor Torres Cano, nada puedo añadir por carecer de otras noticias.

De tiempos posteriores á los de dichos literatos, sabemos que hay algunos trabajos, especialmente en verso.

III.

IDIOMAS CHILENO Y PERUANO.

«El idioma de Chile (que los naturales dicen *chilidugu*, es decir, lengua chilena) es dulce, armonioso, regular, expresivo y muy abundante de términos, aptos é idóneos para expresar, no solamente las cosas físicas, generales ó particulares, sino también las morales ó abstractas.»

Es lenguaje uniforme en la formacion de los tiempos y de las personas, al punto que casi no hay verbo irregular, y esto da facilidad para aprenderlo.

Por otra parte, en todo género de verbos sustantivos, transitivos y neutros, no hay más que una sola conjugacion, y esta tan abundante de tiempos, que excede muy bastante á la lengua latina.

Faltan algunas letras, pero hay una vocal y otra consonante que no tienen perfecta equivalencia en los idiomas europeos; por eso el P. Valdivia recurrió á escribir la vocal, digamos adicional, con bastardilla, como se verá en los versos que van al final.

Su pronunciacion es parecida á la *ou* francesa, pero más aspirada y gutural.

Este lenguaje, el *quichoa* ó peruano, el mejicano y otros no pueden ser incluidos en la regla general que con demasiada ligereza sentó Paw en el siglo anterior, calificando á estas lenguas de pobrissimas y de absolutamente faltas de números.

Quique, significa uno; *epu*, dos; *cula*, tres; *meli*, cuatro; *quechu*, cinco; *cayu*, seis; *relghe*, siete; *pura*, ocho; *aylla*, nueve; *mari*, diez.

Para designar once ó más cantidades, se toma la palabra *mari*, es decir, diez, primero, y se agrega á ella la cantidad menor. Así se dice: *mari-qui-que*, once; *mari-cula*, trece; *mari-cayu*, diez y seis.

Al llegar á veinte, el *mari* se pospone, v. gr., *epu-mari*, 20, es decir dos dieces; *cula-mari*, 30, es decir, tres dieces; *meli-mari*, 40, ó cuatro dieces.

La palabra *pataca* equivale á decir ciento; y queriendo decir mayor cantidad, se toma ántes la cantidad deseada, mas la *pataca*; v. gr., *cula-pataca*, 300; *quechu-pataca*, 500; *relghe-pataca*, 700. La voz *huananca* equivale á mil, y con diferentes combinaciones, que omito por no dar á esto una extension inconveniente, se designan perfectamente cuantas cantidades se quieran.

Y esto en punto á números cardinales: el chileno tiene además números *ordinales*, *distributivos*, *indeterminados* y *adverbiales*.

Ordinales: *nuen*, primero; *epulelu*, segundo, etc.

Distributivos: *callique*, uno á uno; *epuque*, dos á dos, etc.

Indeterminados: *quiquelque*, algunos; *epulque*, casi dos; *culalque*, casi tres.

Adverbiales: *quiquechi*, una vez; *epuchi*, dos veces.

Abstractos: *quiquegen*, unidad; *epugen*, dualidad; *culagen*, trinidad, etc.

Hay en el idioma de Chile cierta poesía, hasta en las denominaciones con que se designan las cosas. *Puquen*, invierno, es propiamente *noche del año*...

El idioma *quichoa*, ó lengua general de todo el famoso Imperio de los Incas, dicha también, por su cultura, lengua cortesana, es expresiva, suave y

tierna, al punto que, como dice nuestro sabio marino el señor general D. Antonio Ulloa, se duda que pueda haber otro que le iguale en frases propias de agasajo y cariño, en armonía con la manera de vivir de aquel pueblo singular.

No puede dudarse que hay en este, como en otros idiomas americanos, palabras que se equivocan mucho para todo otro oído que no sea el muy perspicaz de los indígenas.

Acacav, significa me quema, hablando del sol, del fuego, ó de alguna cosa que se come ó bebe. *Alalau*, equivale á tengo frío; *ananav*, me duele. Sucede que como todas las vocales son las mismas, y sólo varía en esas distintas palabras una letra consonante, parece al pronunciarse una misma voz; ocasionado por lo mismo á los no muy prácticos á suponer pobreza en el idioma, que expresa cosas tan diversas con una sola palabra (*al parecer*), que una sola parece pronunciada rápidamente y es como más se hace.

Pero á las veces también una misma palabra positivamente tiene significaciones diversas y áun opuestas, *variando únicamente el acento*, circunstancia común á otros lenguajes del mundo de Colon.

Cuando los civilizadores Incas fueron dilatando los límites de su imperio, había en tan extensas comarcas infinidad de lenguajes, bárbaros en su mayoría, y todos más pobres y menos cultos que el *quichoa*.

Para obviar los inconvenientes que de esto se seguían, los políticos emperadores incas establecieron, en los pueblos y en determinadas localidades, *escuelas de la cortesana lengua del Cuzco, ó quichoa*; obligando á todos á estudiarla y hablarla: el Imperio pagaba los maestros (1).

Todavía subsistían muchos de estos, especialmente en regiones lejanas, al comenzarse la conquista por Pizarro; y dice nuestro erudito investigador Blas Valera, que era lástima ver que en aquellas apartadas comarcas, faltos ya los preceptores del prestigio y del estipendio que les aseguraba antes el Imperio, *no podían enseñar, y los indígenas de tales localidades volvían á su antigua jerga, abandonando el quichoa*.

De esto se lamenta Valera, porque dice que así era mucho más difícil reducirlos al cristianismo; y añade, *porque es también doloroso que se corrompa el quichoa, que es una lengua por demás galana*.

Pero acerca de la índole del idioma *quichoa*, especialmente á la manera de pronunciarse, más que la gramática de Francisco del Canto y más que na-

die otro, forma autoridad el dicho del inca Garcilaso de la Vega.

Trae en sus *Comentarios reales* estas *Advertencias*: Primera, *que tiene esta lengua tres maneras diversas para pronunciar algunas sílabas, muy diferentes de como las pronuncia la lengua española; en las cuales pronunciaciones, añade, consisten las diferentes significaciones de un mismo vocablo. Unas sílabas se pronuncian en los labios, otras en el paladar, y otras en el interior de la garganta.*

Sobre las acentuaciones dice que se advierta que las dicciones tienen por regla general sus acentos en la antepenúltima vocal, y jamás en la última.

Todo lo contrario del guaraní y otras lenguas americanas.

En la lengua quichoa faltan las letras B, D, G, J y l sencilla; pero hay la ll duplicada como la tiene el español.

La R no se pronuncia fuerte ni en principio ni al medio de dicción; siempre ha de pronunciarse suave.

No hay número plural en el lenguaje, aunque sí partículas que significan pluralidad, que hace, en su costumbre, el mismo efecto.

Para contar, los nombres numerales sólo llegan hasta el diez, *con vocablos diferentes*; y desde once se hace tomando primero el mayor y luego el menor.

Verbi gracia, con la palabra *chunca*, diez, y la *huc*, que es una, componen once: *chunca*, y *quinza*, que significa tres, hacen trece, añadiendo á veces *yoc*. Así se dice *chunca-quinza-yoc*, que es decir trece; pero la voz *yoc* sólo se adjunta á las palabras acabadas en vocal. A las palabras acabadas en consonante se les adjunta la voz *nioc*, que significa posesión.

De esta manera cuentan hasta 20, que dicen *iscay-chunca*, esto es, *dos dieces*.

Cuando se trata de 30, 40, etc., ponen siempre el número menor antes de los dieces, hasta 100, que dicen *pachac*.

Luego para significar 111 (supongamos) dicen *pachac-chunca-huc-nioc*; y así los demás.

La palabra *numi* significa un cuento.

Además estos números cardinales se varían con las partículas posesivas.

Por la exposición de esta doctrina, que he procurado concretar lo posible, se ve con cuánto desconocimiento del asunto afirmaba el citado Paw que no podía contarse más que hasta cinco con las lenguas americanas.

Lo propio que se ha dicho del lenguaje chileno y del peruano en punto á esto, es aplicable, y en mayor escala, quizá al mejicano.

Los peruanos no habían trabajado libros como los ascendientes de los mejicanos, y sin embargo

(1) Medida civilizadora y política á la vez, que no se alcanzaba entonces á más de un gobierno de Europa.

por medio de la tradicion conservaban cosas notables.

Hay entre éstas los *Dichos sentenciosos* del inca *Pacutec*, muy dignos de conocerse. Entre otros de esos *dichos*, es uno el siguiente:

«El médico ó herbolario que ignora las virtudes de las yerbas, ó que sabiendo únicamente las de algunas no procura saber las de todas, sabe poco ó nada. Conviene trabajar hasta conocerlas todas, así las provechosas como las dañosas, para merecer con justicia el nombre que se pretende.»

No debe pasarse por alto una circunstancia especial de los incas. Además de la lengua quichoa, la familia imperial tenía un idioma peculiar de ella, que ningun otro hablaba ni conocía, y que por tanto concluyó con aquella dinastía.

Reseña biográfico-bibliográfica.

BARRASA (P. Cipriano), de la compañía de Jesús. Vivió este jesuita muchos años entre los indios del Rio de la Plata y los del Perú, permaneciendo algun tiempo en la mision de Santa Cruz de la Sierra, actualmēte de la República Argentina.

Conocía diferentes lenguas de los naturales, y ejercía entre ellos la medicina y la cirugía; con lo que, dice un escritor, se granjeaba la voluntad de los indios.

Fundó la mision de los *Moxos* en el Perú, cerca de las fronteras del Paraguay, haciendo la traduccion de la *Doctrina cristiana* en el lenguaje de dichos moxos.

Los indios Bauros le asesinaron el dia 16 de Setiembre de 1702, atacando la piragua en que navegaba este misionero.

Barrasa era natural de Valladolid.

BÁRCENA. En el año 1528 y en la inclita ciudad de Córdoba, patria de Lucano y de otros ilustres varones, vió la luz primera Alfonso de Bárcena.

Todo lo que hace á la niñez y adolescencia de Bárcena nos es desconocido completamente.

Muy jóven profesó en la Compañía fundada por Loyola, y fué luégo destinado como misionero á la tierra conquistada por el gran Francisco Pizarro.

Dedicóse este religioso al conocimiento de los idiomas de aquella parte de América, para cuyo estudio estaba dotado de peculiar disposicion, y que perfeccionó con el frecuente trato de los indigenas.

Escribió el famoso libro titulado *Lexica et precepta gramaticæ, iter liber confessionis et precum, in quinque indorum linguís, quarum usus per Americam australem.* In folio abultado.

Las dos principales lenguas de las cinco gramáticas que abraza el libro del memorable Bárcena, son la *Quichua* y la *Aymara*. En la exposicion de sus reglas se manifiesta el autor un filólogo notable.

Compuso tambien un *Vocabulario*, bastante copioso, de los mismos cinco idiomas, aunque más abundante de voces quichoas.

Es del mismo autor la *Doctrina cristiana y Libro de las oraciones*, obra escrita en los mismos cinco idiomas que el *Lexicon*, de mucho mérito, y en la actualidad aún más rara que aquella, aunque tambien está impresa.

El primero de dichos libros se dió á luz en la ciudad de los reyes, Lima, en 1590, en casa de don Antonio Ricardo, primer impresor de estos reinos del Perú.

Vivió algun tiempo Bárcena en la provincia de *Todos los Santos del Tucuman*, ayudando á la conquista y predicando á los Calchaquies, cuyo lenguaje tambien poseía este incansable obrero.

Por su mucha virtud y laboriosidad, era apellidado el *Apóstol del Perú*, título justamente adquirido.

Murió en el Cuzco el año 1598.

CANTO. D. Francisco del Canto, español, impresor y literato. Es autor de un *Arte gramatical de la lengua general del Perú llamada Quichua*, libro dedicado al ilustrísimo Sr. D. Hernando Arias de Ugarte, obispo de Quito y del Consejo de S. M., etc.

Dicha gramática está acompañada de un *Vocabulario quichua-español y viceversa*, tambien compuesto por Canto. En el Prefacio dice el autor ser el más abundante hasta entónces publicado, y con efecto, es muy copioso.

Están impresos en Lima, en la casa del autor.

GONZALEZ HOLGUIN (Fr. P.) A este misionero español, cuyo pueblo de nacimiento y año ignoramos, se debe la composicion de un *Gran Vocabulario quichoa-español y viceversa*, que está impreso en la ciudad de Lima.

Un autor americano dice de esta obrita ser de mediana impresion, y que aún así no se vendía poco despues de impresa, á once pesos fuertes, en la capital del Perú.

Es de Holguin tambien una *Doctrina cristiana* en quichoa.

CONCILIO PROVINCIAL DE LIMA. El celebrado en la noble ciudad de los Reyes dispuso, entre otras cosas, que se compusiera un libro para enseñanza de los indios en la doctrina cristiana. En su consecuencia, se hizo el *Tercero catecismo y esposicion de la doctrina cristiana, por sermones, en lenguas quichoa, aymara y castellana*. Dicho libro trilingüe fué dado á luz en Lima, en la imprenta de D. Antonio Ricardo, primer impresor de estos reynos del Perú, en el año 1585. Es un tomo in folio y regular edicion.

De las mismas prensas, y compuesto igualmente de orden del citado Concilio, se dió á luz otra obra

con el título de *Confesionario para los curas de indios*, que, lo propio que el anterior, se halla redactado en español, quichoa y aymara.

Nada podemos decir de su mérito literario.

VALDIVIA (P. Luis). Dice la Crónica que Valdivia era castellano; pero no señala el pueblo de su nacimiento, y nada consta acerca de su juventud.

Fué uno de los ocho primeros jesuitas que penetraron en Chile, y fundaron la casa que posee la Compañía en la ciudad de Santiago.

Dotado de singular talento, y ayudado de no menos celo, se dedicó afanosamente al estudio del idioma de los indígenas de aquella region, lengua que aprendió tan luégo, que en un mes pudo predicar á los indios en su propio lenguaje.

«No contento con eso (asegura el famoso jesuita Ovalle en su *Historia de Chile*), para abrir la puerta á los demas y facilitar más el aprender esta lengua, comenzó á formar la *Gramática* y el *Vocabulario* que de ella imprimió, con que dentro de poco pudieron instruirse los indios en su mismo idioma y aprender el *Catecismo de la doctrina* en ella, que tradujo del castellano.»

Dicha Gramática se dió á luz en la ciudad de Lima en 1606.

Cuenta un historiador que apenas fundada la casa de la Compañía en Santiago de Chile, se aplicó Valdivia á enseñar la doctrina y otras cosas á los niños indígenas; y que habiendo salido una procesion desde la iglesia de ellos á la plaza, fueron muchos niños indios cantando las oraciones en su lengua, lo que sirvió de admiracion á todos en la capital.

Y tanto resplandecía en Valdivia el deseo de enseñar, que siendo él rector del dicho convento, instaló escuelas, dando educacion tan lata como era posible, y procurando el estímulo para los discípulos.

Entre otros medios de estimular, estableció esta costumbre: «Las escuelas, quince dias ántes de la fiesta de la Concepcion, publican certámen poético, llevando cartel por toda la ciudad con grande acompañamiento; y el dia de la fiesta, despues de comer, se juntan á repartir los premios á los poetas, etc.» dice una antigua crónica.

Con el fin de evangelizar en la lejana comarca de los Guarpes, que habitan la provincia de Cuyo, vióse forzado este misionero á estudiar la lengua de ellos, muy diversa de la de Chile.

Compuso asimismo *Gramática de la lengua Cuya* y *Vocabulario de la misma y española*; libro que tambien hizo imprimir en Lima. Así allanó el camino á otros misioneros para emplearse fácilmente en la enseñanza.

De uno y otro idioma daba frecuentes lecciones á

sus compañeros, y el erudito Ovalle, no obstante ser nacido en Chile, confiesa haber sido en dicho idioma discípulo de Valdivia.

Vino á España en comision para tratar la mejor manera de pacificar varias comarcas, proponiendo al Gobierno medios idóneos.

A la vuelta de este cometido fundó las célebres misiones de Arauco y de Cuyo.

Estaba dotado de una serenidad y sangre fría admirable; cualidad que le granjeaba inmenso prestigio entre los esforzados naturales de aquel país: esto contribuyó en más de una ocasion al buen éxito de arriesgadas empresas.

Por segunda vez regresó este soldado de la civilizacion á la Península, y... no quiso admitir ninguno de los altos puestos con que el mismo rey le invitó, en premio de sus especiales merecimientos y singulares trabajos. ¡Qué grande ejemplo!

Murió el venerable Valdivia en la ciudad de Valladolid.

Entre otras composiciones del Padre Valdivia, son de las más comunes las siguientes estrofas, para cantar los niños despues de la doctrina:

Jesus pellebichi

Pijta ñi duam,

Jesus pellebichi

Ven la ñi layan.

Chem ñivlay peabum	Jesus may vill elvoe
Antu lumlum quelu	Duamtuabin
Cheno quintu abum,	Yod ñi alaham.
Cuyem puri lelu	Jesus pellebichi, etc.
Yodbimi Jesus	Huaglen veycu gelu
Ta mi pengeam.	Raqui valponolu
Jesus pellebichi, etc.	Veycú al el aquelu,
Antu lipaqueyum	Nu tamtu valnolu
Inaqueeveu pun	Jesus mi alequen.
Ablu ñi alelqueyúm	Iñ alelgeam.
Tipayum Yepun	Jesus pellebichi, etc.
Jesus tipapuimi	Huaglen llecupallum
Mi alen abnoam.	Uñum alabquelu,
Jesus pellebichi, etc.	Bayum ñi tipayum
Caqueche pebipe	Veycú numuquelu
Arunco yunelvoe,	Mu hualem mu rayum
Pal gau quintubipe	Eymi Jesus (pam).
Jesus may vill elvoe	Jesus pellebichi, etc.
Pal gau quintubipe	

TORRELLAS. El Padre Pedro Torrellas, uno de los ocho primeros jesuitas de Chile, fué el primero en catequizar los indios del archipiélago de Chiloé en union con Agustín Villaza. Torrellas compuso un opúsculo en idioma del país, *Pláticas doctrinales*, en forma de coloquios. No sabemos si se imprimió.

FÉLIX C. SOBRON.

(Continuará.)

BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

Ateneo de Madrid.

SECCION DE CIENCIAS MORALES Y POLITICAS.

TEMA:

¿Debe la Gran Bretaña el carácter á la vez estable y progresivo de su actual civilizacion á la Constitucion política? En caso afirmativo, ¿qué hay en esta de peculiar y propio de aquel país y qué de comun que pueda ser aplicado á los demas pueblos?

Levantóse el Sr. Montoro á exponer el tema, y empezó manifestando que al hablar de libertades públicas es imposible no recordar á Inglaterra, donde todas las cuestiones que se refieren á la libertad y á los derechos individuales, alcanzan completa y cabal solucion. Que esto no es exagerar su importancia, pues todas las naciones se la conceden en el mero hecho de tomar su Constitucion como modelo en la formacion de las modernas Constituciones. Por eso tiene su estudio un gran interes político, y por eso juzga que la mesa ha obrado con acierto al poner á discusion este tema. Supone el orador que este estudio convencerá á todos de que las Constituciones no se improvisan en las Asambleas políticas, sino que han de ser forzosamente resultado del desenvolvimiento lento y constante del espíritu nacional. Si este desenvolvimiento tiene interes para el estudio de todas las Constituciones, en la de Inglaterra tiene una importancia capital, porque se ha formado en períodos muy largos y por esfuerzos muy repetidos. Para llegar á conocerla, pues, es de todo punto indispensable hacer una excursion histórica, siquiera sea muy rápida. El señor Montoro recuerda brevemente la historia de Inglaterra, y hace constar que ésta aseguró su libertad por medio de la Carta que el pueblo inglés arrancó á su rey Juan Sin-Tierra, y que lleva el nombre de Carta Magna. En este célebre documento se declara, entre otras cosas: «que el Rey no levantará impuesto sin el Consejo del Reino; que las ciudades y los barones puedan asistir al Consejo del Reino para arreglar la contribucion de cada uno; que no se arrestará, encausará ni desposeerá á nadie de sus bienes y derechos sino por el juicio de sus Pares, etc.» Esta Carta es el monumento político más importante de Inglaterra. En 1264, dominando en Inglaterra el conde de Leicester, fueron llamados dos diputados por la nobleza inferior y dos por las ciudades al Parlamento, lo cual fué origen de la Cámara baja ó de los Comunes. Las ciudades, sin embargo, no dieron gran importancia al voto que se les concedía, y en su principio no entendieron sino de la cuestion de impuestos. Desde Eduardo I sufren las libertades inglesas un paréntesis doloroso. Despues vinieron los Estuardos á ocupar el trono de Inglaterra. En 1642 estalla la revolucion y Carlos I perece en el cadalso. El orador no quiere detenerse en el examen de la revolucion, porque entiende que ántes altera las libertades inglesas que las completa. Despues de la dictadura de Cronwell vienen de nuevo los Estuardos. Carlos II entró en Lóndres en 1660. En 1688 tuvo lugar la revolucion contra Jacobo II, y

el último Estuardo fué arrojado del trono, llamándose para ocuparlo á Guillermo y Maria. Aleccionados ambos por la experiencia, aseguraron á la nacion, mediante el Bill de derechos, los fueros antiguos de Inglaterra.

El orador pasa á considerar el primer enunciado del tema, y manifiesta que si se quiere ver la influencia que ha tenido la Constitucion de Inglaterra en su prosperidad, no hay más que examinar lo que pasa en otros países donde la Constitucion no es tan estable. En el nuestro hemos tenido reinados tristes y desastrosos, y estos reinados han dejado á nuestra patria en un estado lamentable. En Francia sucede otro tanto. Mas en Inglaterra, aunque los ha habido tambien, no han conseguido destruir su prosperidad, porque allí todos los intereses legítimos tienen representacion en la esfera del poder.

Pasó despues el Sr. Montoro á examinar sucintamente las instituciones políticas de Inglaterra. El rey es el representante del poder ejecutivo y resume las atribuciones propias de este poder, como son las de convocar las Cámaras, dirigir las fuerzas militares, prestar su sancion á las leyes votadas en el Parlamento, etc. Existen dos Cámaras, la de los Lores y la de los Comunes. La primera representa intereses y privilegios tradicionales. La segunda el elemento popular.

La Constitucion inglesa acepta los derechos del hombre, siendo el más respetado el derecho del individuo. Otro de los derechos que más preocupan á los ingleses es el de reunion, tan practicado en aquel país, que sus *meetings* son bien conocidos ya en todos los países. La libertad de imprenta, que existe allí de un modo casi ilimitado, es otro de los grandes derechos del pueblo inglés, y la libertad religiosa más omnimoda es el fundamento de este orden de relaciones.

Entrando en la segunda parte del tema, se pregunta el orador: ¿Son trasplantables estas instituciones á nuestra patria? Juzga que en conjunto será completamente imposible, porque si Inglaterra tiene asegurada su libertad, se debe á que le viene de abolengo y está basada principalmente en la práctica. Pero, si no en conjunto, pueden aprovecharse algunos de sus elementos, que sirvieran de levadura para la regeneracion de nuestra vida política. Estos son, en su opinion, la seguridad individual, sin la que no puede vivir jamás la libertad, y la conveniente limitacion de los poderes.

—El Sr. Moret tomó la palabra, á ruego de la mesa y de los circunstantes, y comenzó manifestando que si alguna importancia práctica tiene el tema es la que se encierra en su segunda parte. Pero para darla cumplida contestacion, dice, menester es no sólo que sepamos lo que es la Constitucion inglesa, sino que conozcamos profundamente la historia y el modo de ser de nuestro país. De todo lo que forma la base de la Constitucion inglesa hay algo en que estoy en abierta oposicion con el señor Montoro. Para mí el momento en que nace la actual Constitucion de Inglaterra es el de la dictadura de Cronwell. Cronwell derribó lo que constituia el sosten de la antigua sociedad. Redujo á escombros los antiguos y odiosos privilegios y esparció un silencio de muerte en torno suyo; pero de entre estos escombros y en medio de este silencio renacen las libertades al soplo poderoso de aquel hombre singular.

El Sr. Moret cree además que la seguridad indi-

vidual y todos los grandes derechos de que había hablado el Sr. Montoro, no son más que vanas palabras si no responden á un mecanismo en cuyo seno vivan y alienten. La libertad de imprenta, la de asociación, no son más que huecos nombres si no hay perseverancia para aplicarlas y no se hallan enlazadas al juego de las instituciones. Las ruedas capitales de este engranaje en Inglaterra son el Jurado y la Administración de justicia.

En vano se consigna en la Constitución la seguridad individual, si no hay jueces que la garanticen y velen por su cumplimiento. El poder judicial es en Inglaterra el baluarte más firme de la libertad. Pero en Inglaterra este poder es independiente y se mantiene apartado de influencias bastardas: constituye una carrera donde se asciende por medio del trabajo constante y de pruebas indudables de integridad y suficiencia. En aquel país se atiende principalmente á la energía y á la perseverancia, y nadie debe su fortuna, como en el nuestro, á un rasgo feliz, á un golpe de ingenio, que está muy lejos las más de las veces de tener valor moral.

El Jurado es la expresión viva del elemento individual. El Jurado, ese Jurado tan escarnecido y ridiculizado por nuestros hombres de toga, es el salvaguardia de la libertad, y como tal le saludo desde este sitio.—El orador presenta en apoyo de su tesis un ejemplo. En cierta ocasión, dice, los obreros de gas que había en Londres se declararon en huelga. Esto, como es consiguiente, produjo resultados muy graves para la población, que se encontró un día envuelta en tinieblas. Conjurado y resuelto este enojoso asunto, púsose la prensa á discutir el derecho de los obreros y el remedio que existía de evitar tales percances. Una persona averiguó los nombres de los cabecillas y los acusó ante el Jurado, condenándolos éste despues de meditar mucho tiempo á doce meses de trabajos forzados. Los condenados apelaron, y la cuestión fué al Parlamento, que es el lugar donde en Inglaterra se resuelven los grandes problemas sociales. El Parlamento en presencia de este hecho no tuvo otro remedio que hacerse cargo de los peligros que las huelgas encierran, y hubo de regular estas coaliciones de obreros, sujetándolas á una ley especial.

¿Qué hay aquí, señores? Rozamientos, choques, conflictos de derechos que desaparecen por el juego de las instituciones. Esto viene á probar que el Jurado modifica y corrige las anomalías de la ley cuando ésta no puede evitar algún peligro para la sociedad. La costumbre se crea de este modo; pero no la costumbre rutinaria, sino la costumbre jurídica, la costumbre que va introduciendo el derecho en todos los órdenes sociales. Esta costumbre no es producto, como quiere suponerse, de las condiciones climatológicas, de la frialdad y flema de la raza sajona, sino de sus condiciones intelectuales y de su experiencia. No creo que el clima haga á los hombres libres ó esclavos, porque el estudio de la historia nos demuestra todo lo contrario.

En cuanto á que la política inglesa sirva de modelo á la nuestra, opino que la imitación jamás debe degenerar en copia. Una imitación prudente puede ser provechosa, pero es necesario para ello buscar en España un punto de apoyo como el que Inglaterra tiene en la ley. La opinión pública no puede ser, porque la ignorancia de nuestro pueblo ha hecho que no exista. La administración de justicia tampoco, porque deja mucho que desear y no tiene independencia. En lo único que espero y confío es

en el poder de las ideas, que se irán abriendo paso merced á una educación perseverante, y en esa juventud que hoy rinde culto á la ciencia y que mañana será la que dirija nuestra política.

Madrid, 16 Noviembre 1876.

SECCION DE LITERATURA.

Estado actual de la poesía lírica en España.

Tomó la palabra el Sr. Bravo y Tudela, manifestando que no creía, como el Sr. Vidart, que la poesía pudiera inspirarse en la vida presente, que nada tiene de poética. En el siglo XIX no puede existir poesía sino á condición de inspirarse en ideales pasados, en sentimientos que desgraciadamente se encuentran hoy amortiguados. La prueba de esto es que la mayor parte de nuestros poetas buscan su inspiración en tiempos antiguos y los cantan. Opina, como el Sr. Vidart, que en las obras literarias, aunque la forma es muy esencial, es preferible, no obstante, el fondo. Las poesías de forma desaparecen y se olvidan, mientras aquellas que encierran un fondo bello no perecen nunca. Nuestros poetas no pueden inspirarse en este siglo, que no tiene contenido poético. Hoy no existen ideales. En una sociedad donde todo es prosa, el poeta no encuentra medios para inspirarse y crear obras bellas.

El año pasado hemos convenido casi todos en que el estado de nuestro teatro era de decadencia. Con la poesía lírica sucede lo mismo, á mi entender. Si el poeta se inspira en el pasado, no se le escucha: si avanza demasiado y ofrece al público ideales que no se ajustan todavía al estado de la sociedad, se expone á ser censurado con acritud. Por otra parte, el presente les ofrece un ideal bien definido. ¿A dónde volver los ojos? Los poetas del tiempo pasado tenían una creencia que á su vez era la creencia de los que los escuchaban; esta creencia conmovía las fibras del sentimiento, y expresábanla en ardientes y apasionados cantos. Como en este siglo no se cree, aun por aquellos que dicen creer, como no hay sentimiento religioso, no puede haber poesía religiosa. El amor, que es otro de los sentimientos que alimentan é inspiran al poeta, no tiene hoy el carácter poético que presentaba en tiempos en que nacía y se desarrollaba en el fragor de la lucha, rodeado de oposiciones y peligros. Termina el orador lamentándose del estado en que hoy se encuentra la poesía lírica. Los poetas, dice, como no tienen otro remedio que inspirarse en ideales pasados, no quieren trabajar, pues que sus trabajos no son escuchados y no les proporcionan más que decepciones y desengaños.

—Usó de la palabra despues el Sr. Carvajal, y haciéndose cargo de la definicion que los señores Revilla y Vidart habían dado de la poesía lírica en la sesión anterior, expresó que no creía que la lírica fuera esencialmente subjetiva y que este carácter la distinguiese del género épico y dramático, porque la poesía lírica cantaba el amor sexual, el amor divino, el sacrificio, el heroísmo, etc., cosas todas por demas objetivas.

No juzga que los ideales pasados deban para siempre relegarse, y cantar exclusivamente los del porvenir; pero al mismo tiempo, contestando al señor Bravo, afirma que la sociedad presente contiene

ideales muy dignos de cantarse. En esta sociedad perturbada y revuelta, donde el espíritu no encuentra nada definido y está siempre á punto de desfallecer; en esta hora solemne que atravesamos, el alma siente agitaciones, zozobras y esperanzas que encierran un gran contenido poético.

Volviendo sus ojos á España, afirma que no existe aquí la decadencia que se supone. Mientras, en el género dramático, Francia vive con los reflejos del teatro clásico de Racine, y Alemania con los de Goethe y Schiller, sólo en España encontramos un género bien definido, el romántico, que con tan buen resultado cultivan algunos insignes poetas. En cuanto á la poesía lírica, cuenta también nuestra patria en este siglo con esclarecidos representantes, entre los cuales descuella el gran Quintana.

El orador se pregunta despues: ¿Debemos imitar la lírica alemana? Y opina que debe mantenerse incólume el carácter peculiar de nuestra poesía y no alterarla con influencias extrañas. La poesía lírica, dice, no debe ponerse al servicio de un sólo ideal, sino que debe cantarlos todos, los del presente, los del pasado y los del porvenir.

—Se levantó inmediatamente el Sr. Nuñez de Arce, y en breves pero elocuentes y enérgicas frases manifestó que, en su sentir, no registra la historia otro siglo con más condiciones poéticas que el presente. Si es verdad que algunos géneros sufren paréntesis y eclipses, como la poesía religiosa, no es cierto que el ideal religioso haya muerto, y puede nuevamente inspirar bellos poemas. Nuestro siglo ha añadido muchas y sonoras cuerdas á la lira. Estas dudas y vacilaciones, ese sol que se hunde y ese otro que aparece, los horizontes que se abren, las grandes aspiraciones y los sueños de un porvenir venturoso no pueden menos de crear grandes poetas. La historia de este siglo nos lo confirma bien claramente.

Refiriéndose despues á la alusion que se le había hecho sobre el calificativo de suspirillos germánicos que había dado á cierto linaje de poesías, manifiesta que, en efecto, estas imitaciones alemanas ofrecen para él deplorables resultados. Esas composiciones breves, inocentes, verdaderos vuelos de gallina sin inspiracion y sin fuego, son propias de adolescentes que se juzgan henchidos de sentimiento cuando aún no lo conocen, pero no del verdadero poeta que en estos tiempos criticos debe cantar con acento viril la libertad, y, nuevo Tirteo, excitar á los ciudadanos á defender con brio y entusiasmo sus derechos.

—Pidió la palabra despues el Sr. Montoro é hizo presente que no entendía, como los señores Revilla y Vidart, que se pudiese asignar á la poesía lírica un carácter didáctico. Las esferas de la ciencia y del arte son distintas. El poeta no se detiene, como el científico, en un concepto más ó menos abstruso para desenvolverlo, sino que siente la verdad y la canta. Bajo este concepto bien puede considerarseles como los grandes reveladores de la humanidad. Pero estamos muy léjos de concederles por esto una mision educadora, porque la poesía que pretende expresar la ciencia deja de ser poesía. El gran poeta Goethe, aunque poseía tan gran caudal de ideas y de ciencia, cuando sonaba la lira prescindía de ellas para no ser más que poeta.

Tampoco cree, como habían afirmado los señores Vidart y Revilla, que nuestra poesía lírica haya tenido hasta ahora poca importancia. Recuerda para

esto nuestra poesía religiosa y bucólica, tan llena de inspiracion y de belleza. Porque la poesía religiosa no prevalezca ahora, como ántes, y porque el amor á la naturaleza se haya debilitado, ¿se han de desechar estos géneros?

En la cuestion de imitacion, juzga que es preciso tener presente el carácter peculiar y propio de la poesía española; pero esto no es bastante para rechazar en absoluto las sanas influencias extranjeras. Los nuevos géneros introducidos en España no son, como dice el Sr. Nuñez de Arce, completamente inaceptables. Lo que sí es cierto es que cuando estos géneros encuentran malos intérpretes, nos repugnan; pero cuando se interpretan bien, no dejan de cautivarnos. ¿No revelan las composiciones de Gustavo Adolfo Becquer ternura y poesía? ¿Qué culpa tienen los grandes poetas, como Quintana, Espronceda y Becquer de que sus imitadores pongan en ridículo los géneros que han cultivado?

—Tomó la palabra despues el Sr. Vidart, y contestando al Sr. Carvajal, dijo que es opinion corriente entre los tratadistas el que la poesía lírica es predominantemente subjetiva, al contrario de la épica, que es predominantemente objetiva, y que por lo mismo, al manifestar esto en su discurso, había creído expresar una verdad que se hallaba fuera de toda duda.

Hablando de los ideales que encierra la vida presente, dice que hay muchos que la ensalzan para inmediatamente contradecirse. El Sr. Nuñez de Arce los ha elogiado grandemente; pero muy poco despues, hablando de la mision civilizadora del poeta, no vaciló en calificar nuestra época de degradada. A juicio del orador, los ideales presentes son nebulosos y confusos. Todos convienen en que debe cantarse la libertad y las ideas que agitan á nuestro siglo, pero nadie está conforme sobre lo que estas ideas son y significan.

Contestando al Sr. Montoro, afirma que él no ha asignado jamás á la poesía un carácter docente; lo que ha sostenido es que el fondo lleva ventaja á la forma, si bien toda composicion deb. tener un *minimum* de forma, sin el cual no puede haber poesía.

Respecto al ejemplo de Goethe, cree que demuestra lo contrario de lo que el Sr. Montoro se proponía, porque Goethe ha vertido en sus composiciones las grandes ideas que bullían en su cerebro, como lo prueba las reñidas controversias que hoy todavía excitan sus obras. La verdad de esto es que al poeta le basta la concepcion intuitiva sin entrar en desarrollos ni en ulteriores indagaciones; pero si necesita ilustracion, porque suponer que la ignorancia pueda ofrecer obras bellas é inspiradas, es un absurdo. Si por alguna demasia deben pecar los poemas, es por sobra de contenido, no por sobra de forma. El orador termina afirmando que no exige de los poetas la resolucion de ningun problema científico, pero sí que sus composiciones sean más que pura y hueca palabreria.

Madrid 18 Noviembre 1876.